

EDITORIAL

Líderes sociales,
¿víctimas de la paz?

**Homenaje al líder
nasa-awá**
Holmes Alberto Niscué

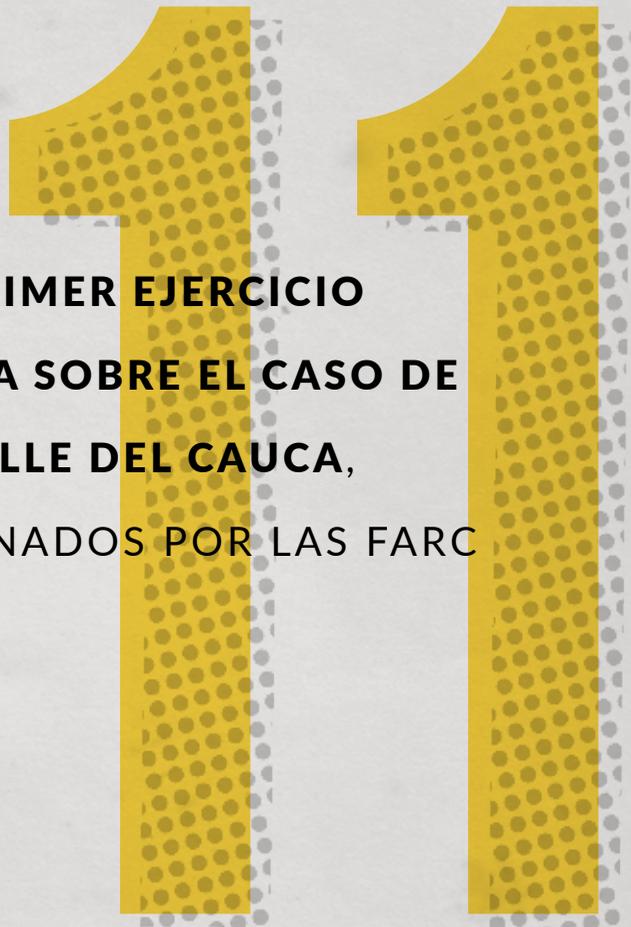
**La madre de
las trans de Barranca**



CNMH
Centro Nacional de
Memoria Histórica



EL CNMH REALIZÓ EL PRIMER EJERCICIO DE MEMORIA HISTÓRICA SOBRE EL CASO DE LOS DIPUTADOS DEL VALLE DEL CAUCA, SECUESTRADOS Y ASESINADOS POR LAS FARC



ESTOS SON LOS RESULTADOS:

*El caso de la Asamblea del Valle:
tragedia y reconciliación*

LIBRO

CONÓCELO AQUÍ



Somos más que 11

SERIE DOCUMENTAL

CONÓCELA AQUÍ



GOBIERNO DE COLOMBIA



PROSPERIDAD SOCIAL



Centro Nacional de Memoria Histórica

CON MEMO RA

Revista Conmemora

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH)

Editores

Jorge Posada
Carolina Gutiérrez

Coordinadora editorial

Andrea Leal

Diseño y diagramación

Andrea Leal

Apoyo gráfico

Lizeth Sanabria

Corrección de estilo

María del Pilar Hernández

Fotografías

María Paula Durán
Daniel Sarmiento
Camilo Ara
Juan Sebastián Sanabria
Isabel Valdés
Tatiana Rodríguez
Lorna Bierman
Reina Lucía Valencia
José Alirio Duque

Equipo de comunicaciones
del CNMH

Artículos

Gonzalo Sánchez Gómez
Juan Camilo Gallego
María Paula Durán
Harold García
Daniel Sarmiento
María de los Ángeles Reyes
Helga Natalia Bermúdez
Mauricio Builes
Tatiana Peláez
Daniel Valencia
Rossih Amira Martínez
Reina Lucía Valencia
Jairo Ortegón
Esteban Londoño

Ilustraciones

Miguel Bustos ZURSOIF
Cristhian Contreras

Preprensa e impresión

Panamericana Formas e Impresos S.A.

Foto de portada

María Paula Durán
Ruth, lideresa wayúu, 2018.

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

Director General del CNMH

Gonzalo Sánchez Gómez

Líder Estrategia de Comunicaciones

Adriana Correa Mazuera
Natalia Vélez

ISSN 2346-4046



Centro Nacional
de Memoria Histórica

www.centrodehistoriahistorica.gov.co
comunicaciones@centrodehistoriahistorica.gov.co
Teléfonos: (57 1) 7965060
Calle 35 N° 5 - 81, barrio La Merced, Bogotá D.C.- Colombia
www.facebook.com/memoriahistorica
@CentroMemoriaH

4	Editorial LÍDERES SOCIALES, ¿VÍCTIMAS DE LA PAZ? Por Gonzalo Sánchez Gómez	54	OTRO FUTURO PARA LA TRECE
8	NARCILO ROSERO, EL HOMBRE QUE DICE: "¡BUENAVENTURA SE RESPETA, CARAJO!"	58	"YO QUIERO MORIR DE PULMONÍA, PERO DE PLOMONÍA NO"
12	LOS TEJIDOS DE RUTH	62	MEMORIA EN RÍO REVUELTO
20	EL ROBLE DE LOS MONTES DE MARÍA	66	LA LUCHA DE LOS CAMPESINOS DE LA ALTA MONTAÑA POR SU "ORO VERDE"
26	LAS MUÑECAS QUE FUERON DOLOR	70	SANAR EN EL COMADREO
32	LA MADRE DE LAS TRANS DE BARRANCA	74	"SEGUIMOS AQUÍ A PESAR DE LO QUE NOS HAN HECHO"
40	EL ÁRBOL DE LA VIDA DE BOJAYÁ: SU COMITÉ DE VÍCTIMAS	78	LOS SABERES ANCESTRALES SALVARON A GUACOCHÉ
48	"DEFENDER EL TERRITORIO DE LAS ARMAS AÚN HASTA LA MUERTE"	86	GERSON ACOSTA: EL ÁGUILA DEL RESGUARDO KITEK KIWE

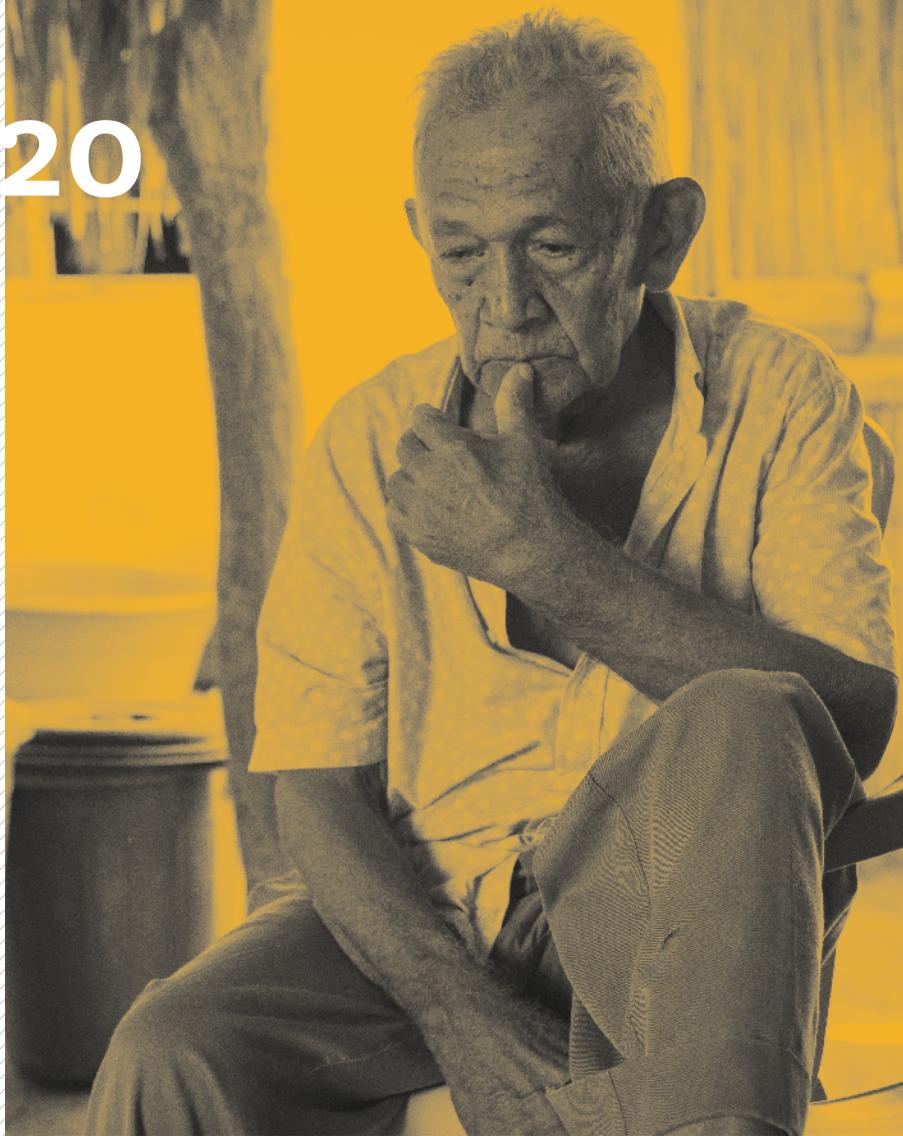


20

8



66



70



Líderes sociales, ¿víctimas de la paz?

Por: Gonzalo Sánchez Gómez, director del CNMH.

Ilustraciones: Cristhian Contreras y Miguel Bustos ZURSOIF.



Temístocle Machado,

líder de Buenaventura asesinado el 27 de enero de 2018.

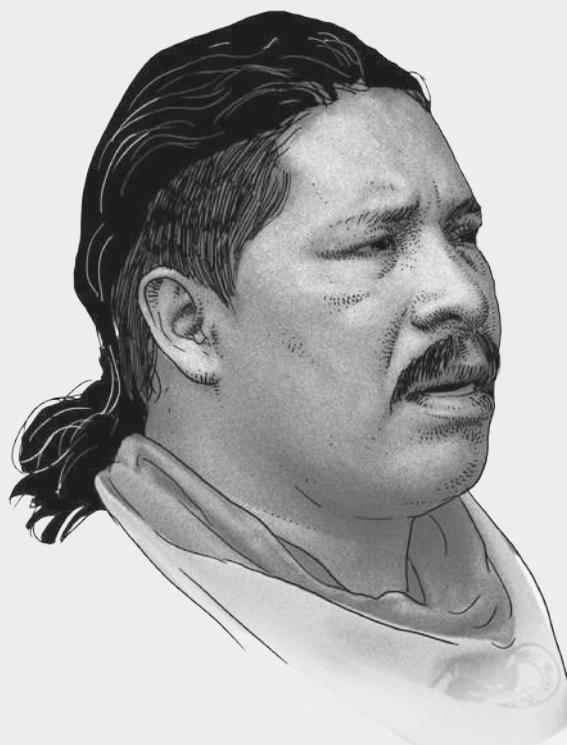
Esta revista es un reconocimiento a los líderes y las lideresas del país que persisten en su lucha, a pesar de la violencia que quiere acallarlos. Y es también una exigencia para se les garantice una vida digna y segura.

En esta edición de *Conmemora* el Centro Nacional de Memoria Histórica les rinde homenaje a los líderes y lideresas sociales que se enfrentan a las injusticias, desigualdades y exclusiones, y que por su labor dentro de sus comunidades están en riesgo o han sido el blanco de acciones criminales en nuestro país.

Tres causas dobles son particularmente dinamizadoras de sus liderazgos: la defensa de la vida y los derechos humanos; la protección de la naturaleza y el territorio; la salvaguarda de la democracia y la exigencia de paz. Aunque los defensores de estas causas se entrecruzan todo el tiempo, se pueden diferenciar analíticamente: la causa de la defensa de la vida es abanderada por una diversidad de actores entre los que sobresalen las víctimas del conflicto armado y las organizaciones que las representan; ambas ejercen una labor de defensa de derechos humanos. La causa de la defensa de la naturaleza y el territorio es amparada por los pueblos indígenas y los pueblos afrocolombianos, así como por los líderes ambientales, campesinos o urbanos, que también defienden derechos humanos. La causa de la defensa de la democracia y de la participación política es dirigida por jóvenes, mujeres, poblaciones diversas y militantes políticos. Todos tienen hoy como común denominador —lo cual los hace particularmente vulnerables— la militancia por la paz, que también es la defensa de los derechos humanos.



Emilsen Manyoma, lideresa del Bajo Calima (Valle del Cauca) asesinada en enero de 2017.



Holmes Alberto Niscué, líder nasa-awá asesinado el 19 de agosto de 2018.



José Jair Cortés, líder de Tumaco (Nariño)
asesinado el 17 de octubre de 2017.



Carlos Jimmy Prado Gallardo, líder de Nariño
asesinado el 2 de junio de 2018.

Esas causas están atravesadas, en el discurso político global, por temas específicos como los cultivos de uso ilícito, la minería y el agotamiento de los recursos naturales, que apuntan a poderes consolidados, territoriales o de alcance e influencia global; o que apuntan a dinámicas de megaproyectos extractivos o de economías ilegales que pretenden pasar por encima de las comunidades o de los pueblos indígenas y afrocolombianos y que en últimas atentan contra los defensores de la vida en el corto, mediano y largo plazos, pues aniquilan todo lo que pueda interferir con sus intereses. Esto hace que los líderes y lideresas se conviertan en portadores de discursos universales, al mismo tiempo que, por su autonomía, representen a minorías tremendamente frágiles, a las que les toca enfrentar poderes desmesurados.

Entre ellos han adquirido particular visibilidad los líderes de comunidades cuasi-aniquiladas por la violencia, que gracias a su coraje recompusieron sus lazos sociales en el proceso mismo de reconstrucción de las dinámicas del conflicto y las preguntas por el futuro. La violencia contra estos líderes y lideresas está decapitando las causas de las víctimas; su asesinato selectivo está matando la democracia mediante el silenciamiento de las comunidades y las está dejando huérfanas de defensores de sus derechos.

Los beneficios contundentes de la paz expresados en la disminución histórica de homicidios y otras formas de violen-

cia desde 2016 en adelante, contrastan con la curva ascendente de homicidios y otras formas de violencia menos visibles contra quienes se han erigido en defensores y guardianes de la paz. Tremendo contraste: mientras bajan los muertos de la guerra, crecen las víctimas de la paz.

El proceso de paz y la movilización social que este desencadenó no han sido suficientes para desarmar el legado de violencia que cargamos desde hace décadas en Colombia; por ello tenemos que luchar todavía por la paz. La paz que tenemos tiene que andar como una equilibrista sobre la cuerda floja de las negociaciones incompletas, la paz parcelada y las inciertas políticas del Gobierno de relevo; ha desactivado mecanismos centrales estructurantes de la guerra, afectado intereses de muchos poderes de la sociedad que se habían acostumbrado a vivir **con** la guerra o a vivir **de** la guerra. Los asesinatos de líderes y lideresas se están haciendo de cara a la sociedad de manera desafiante, y una parte de ella ha respondido esta vez de forma contundente y clara con su oposición a la muerte violenta y al exterminio. Hemos perdido muchos líderes, nos han arrebatado a varias lideresas. No obstante, *la paz que hemos alcanzado nos pertenece* también a nosotros; por ello es nuestra obligación exigir que los líderes y lideresas tengan una vida digna y segura y puedan seguir siendo voceros de intereses de la sociedad y de la humanidad. **∞**



Jefferson Arévalo,

Líder del Meta asesinado en agosto de 2018.



María del Carmen Moreno, lideresa de Arauquita (Arauca) asesinada el 27 de abril de 2018.

Narcilo Rosero,

el hombre que dice:

“¡Buenaventura se respeta, carajo!”

Por: Juan Camilo Gallego Castro, periodista del CNMH.

Fotos: María Paula Durán para el CNMH.

Rosero es uno de los once líderes del Comité Ejecutivo del Paro Cívico de Buenaventura, y uno de los encargados de continuar con la lucha por el territorio que abanderó el líder Temístocle Machado, asesinado el 27 de enero de 2018.

Narcilo Rosero se levanta a las cinco de la mañana, abre la llave y se dedica a recoger agua durante las únicas tres horas en las que se presta el servicio en Buenaventura, esa ciudad del Pacífico colombiano en la que llueve siempre, en la que hay nueve cuencas hidrográficas y en la que su gente no tiene agua. Él, de 61 años, lleva tres décadas peleando para que su comunidad tenga agua todo el día. Como no lo ha logrado, sigue bañándose a totumazos.

Los primeros días de junio podrían resumirse con la monotonía de la lluvia que aparece en la mañana o en la tarde o en la noche. Cada día. Así con Narcilo: se la pasa de reunión en reunión, de evento en evento, de aquí para allá, menos en su casa. Él está siempre afuera, seguido de cerca por dos escoltas y una camioneta que lo protegen desde febrero pasado, poco después de aquel 27 de enero en el que dos tipos fueron hasta el parqueadero de su compañero de lucha Temístocle Machado, y le dispararon por la espalda.



Narcilo Rosero estudió en el Colegio Pascual de Andagoya. Allí se vinculó a la Juventud Patriótica y a otros movimientos juveniles, desde los que empezó a trabajar por Buenaventura.



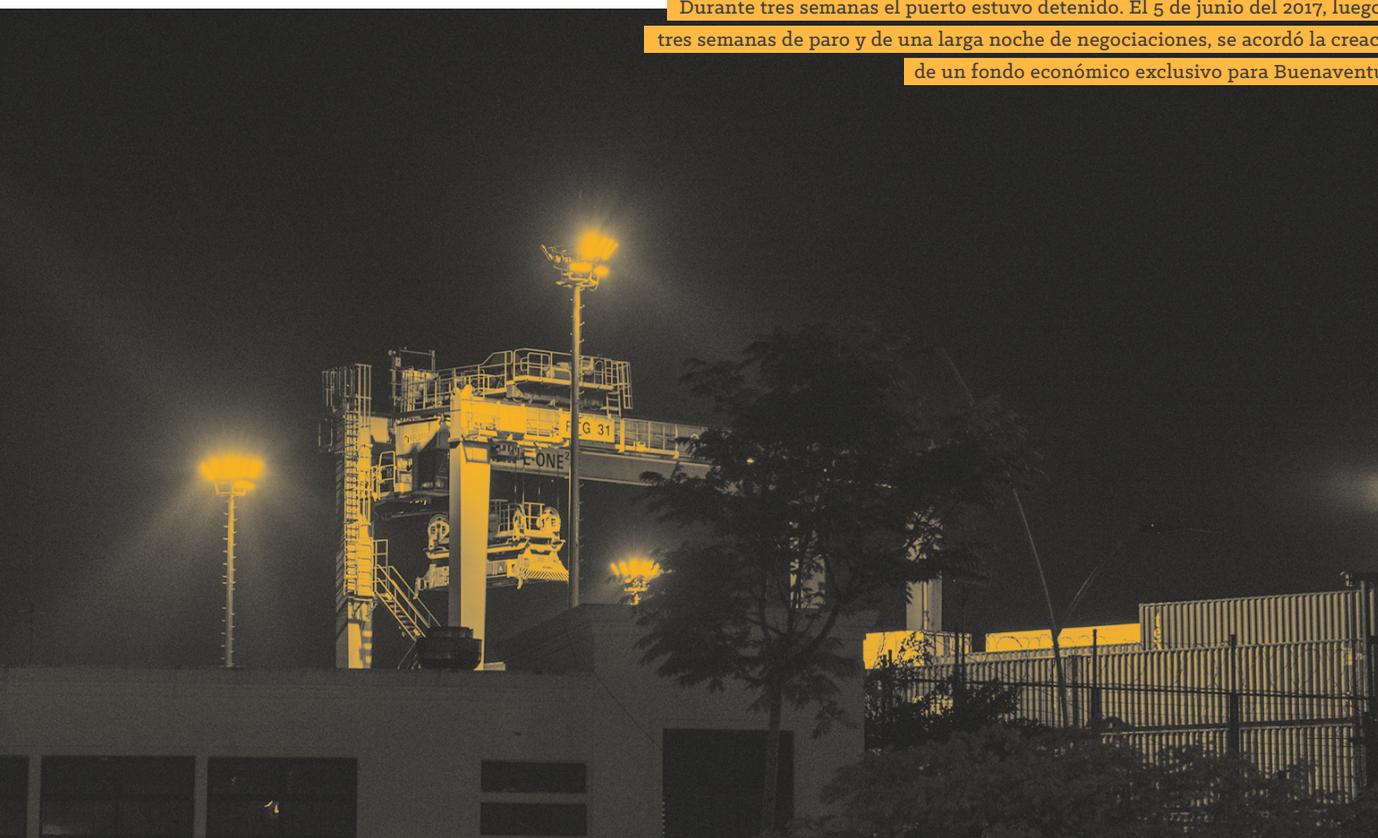
El miedo es contagioso. Contagioso y democrático. Llovieron las amenazas para los once integrantes del Comité Ejecutivo del Paro Cívico de Buenaventura: aquella movilización masiva que unió a 117 organizaciones y que desde el 16 de mayo de 2017 logró detener el puerto de esa ciudad, el más importante de la costa del Pacífico, durante tres semanas. No podía ser que esos barcos gigantes, que llegan y se van con carga, le dejen 5,4 billones anuales al fisco del país y los 380 mil habitantes de la ciudad ni siquiera tengan agua. Lo mínimo, carajo. Buenaventura se respeta, carajo, gritaban y gritaban. Y luego mataron a Temístocle, el símbolo de la lucha por el territorio ancestral de las comunidades negras.

El 15 de junio pasado Narcilo donó al Banco de la República de Buenaventura sus archivos, en los que evidencia su lucha por el acceso al agua y los servicios públicos. Gersaín Díaz, su amigo y también líder del Comité ejecutivo del Paro Cívico, explicó que esos documentos les ayudarán a conocer parte de la historia del puerto y a recordar a Temístocle: “Su muerte visibilizó el problema específico de la lucha por la tierra y hoy la lidera la mesa de territorio del Comité”.

Esa tarde Narcilo regresó al Banco de la República y escuchó a Orlando Castillo: un hombre diminuto y de gestos severos, que creó con la gente de su barrio el Espacio Humanitario Puente Nayero, algo así como un escenario para recordarle a la guerra que ni la gente ni las calles ni las casas ni la música, ni nada, le pertenecen y que no es bienvenida. Cerraron por lado y lado su barrio y se declararon neutrales. Les tomó tres meses sacar a los paramilitares, convencerlos de que no estaban dispuestos a ser parte de su guerra. A regañadientes se fueron unos; otros se quedaron y dejaron las armas. Al final del conversatorio Narcilo pidió la palabra y con ellas terminó el evento.

“Nosotros estamos discutiendo un modelo que nos impusieron. Por eso es tan dura la lucha, lo que ha pasado y lo que viene”, dijo. Luego lla-

Durante tres semanas el puerto estuvo detenido. El 5 de junio del 2017, luego de tres semanas de paro y de una larga noche de negociaciones, se acordó la creación de un fondo económico exclusivo para Buenaventura.



mó a uno de sus escoltas y se marchó a su casa. Allá me ofreció un tinto. Ni siquiera hizo el intento de abrir la llave cuando iba a repararlo. Sabía que no había agua.

“El Estado ha sido mezquino y negligente con los bonaverenses. En otras partes adonde me invitan, abro la llave y me baño. Aquí no, acá me tengo que bañar con totuma. Por eso me da rabia”.

Esa noche le pregunté a Narcilo si en Buenaventura hay líderes que continúen con la lucha de Temístocle. “En los archivos que dejó se define el futuro de Buenaventura, si el territorio es de sus pobladores. En la mesa de territorio del Paro Cívico los compañeros siguen con el tema”, respondió.

Al día siguiente Rodrigo Machado, hijo de Temístocle, explicaría desde el mismo

parqueadero en el que murió su papá, que la suya es una familia de líderes: primero fue su abuelo, luego su padre y ahora él. “Voy a continuar con el liderazgo porque se perdió parte de él. Uno de los fines por los que mataron a mi papá era generar miedo en la comunidad: intimidar a las personas que se oponen a los que se quieren apropiar del territorio”. Pero eso sería al siguiente día.

Esa misma noche en su casa Narcilo contó, rodeado de sus sobrinas, cómo el Paro Cívico logró que el Gobierno nacional se comprometiera a crear un fondo, con un monto inicial de 1,5 billones de pesos, para resolver el problema del acceso al agua. Tendrá una década para cumplir lo acordado.

Cuando hablamos de las amenazas a los líderes sociales, que hoy son noticia de todos los días, Narcilo respondió: “No tengo temor”, mientras sus sobrinas respondían que ellas sí. Y siguió: “Quieren que uno se muera de susto, que me quede callado”.

Luego se levantó de su silla y dijo: “Vamos”. En su camiseta verde se leía: “Buenaventura se respeta, carajo!”. 

El líder Temístocle Machado lideró la lucha por la titulación del territorio ancestral de las comunidades negras de Buenaventura. En 2016, el Centro Nacional de Memoria Histórica digitalizó su archivo, conformado por 90.000 folios. Esos documentos tienen información valiosa para demostrar la propiedad de las tierras en disputa.



Los tejidos *de Ruth*

Fotografías y texto: María Paula Durán Rubiano para el CNMH.

Una joven de 19 años está ejerciendo el liderazgo en el corregimiento de Juan y Medio, de Riohacha, con toda la grandeza y la valentía que le enseñó su padre, también líder. Su principal bandera es el rescate del arte y de los tejidos wayúu, para subsistir y no dejar morir su cultura.



EKIPÜÜJANA
(El / la que dirige)

Cuando Ramón Uriana tenía 17 años se preguntó: ¿Será que Dios se equivocó al hacerme indígena? La respuesta le llegaría casi una década después.

A los 28 años, a Ramón le tocó convertirse en líder de su comunidad sin esperarlo, sin pedirlo. El 18 de julio de 2001 salió de Dibulla (La Guajira), junto a su esposa, su hija Ruth y otras diez familias wayúu, para comenzar una caminata sin retorno de más de seis horas. Se llevaron todo lo que pudieron: chivos, gallinas, cerdos. Ramón dirigía la caminata. Él era el que mejor hablaba español y si en el camino aparecía la guerrilla o los paramilitares, él era el encargado de explicar que estaban saliendo del territorio para no molestar a nadie. Ahí empezó su historia como líder.

—¿Qué vientos los traen por aquí? —les preguntó el sacerdote del primer pueblo al que llegaron.

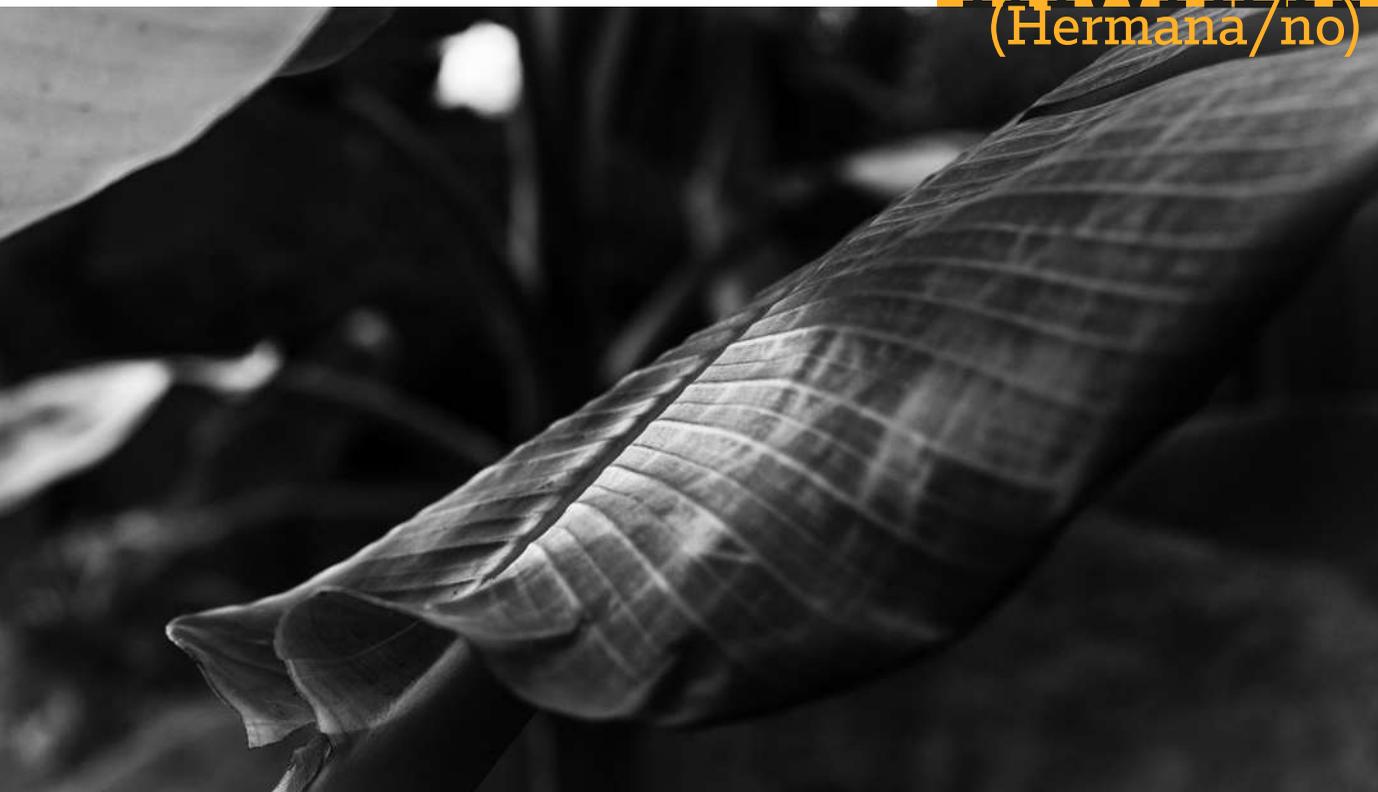
—Los vientos de la violencia, Padre —respondió Ramón sin dar muchos detalles, sin explicar que decidieron dejar su territorio

por miedo a un grupo paramilitar que los había rotulado como guerrilleros. Desde ese mismo día Ramón se dedicó a buscar ayuda para encontrar un terreno donde su comunidad se pudiera mantener unida.

Hoy tiene 46 años y sabe, con toda seguridad, que Dios no se equivocó al hacerlo indígena. A pesar de que ese episodio fue tan doloroso, le dio un propósito. Hoy sigue siendo líder y enseña español a los niños y niñas de su comunidad, en la zona rural del corregimiento de Juan y Medio al sur de La Guajira, donde logró asentarse con su gente. En 2007 recibieron la titulación de esta tierra.

La primera palabra que me enseñó cuando lo conocí fue:

TAWALA
(Hermana/no)



Al llegar a la casa de Ramón, me esperaban cuatro mujeres sobre el borde de la carretera. El conductor del carro las miró, les dijo: “Aquí está su encargo” y me pidió que me bajara. La primera que me saludó fue Ruth, la hija mayor de Ramón: una bella e imponente mujer de 19 años, que heredó el liderazgo de su padre. También estaban su mamá Yomaira, su tía Lola y Abigail, su hermana de 5 años.

Ruth es estudiante de administración de empresas en Riohacha y en vacaciones siempre regresa a Alewa, su vereda, para ayudar con las tareas de la casa, trabajar en el cultivo y estar con su familia. La primera noche estuvimos frente a una fogata, en la que cocinaron un chivo que

acababan de matar. Allí conocí la historia de la travesía que lideró Ramón. Ruth no recuerda aquel día pero sabe que en ese momento la historia de su pueblo se partió en dos.

Mi cama estaba junto a los chinchorros de Ruth y Lola. Todas las noches nos acostábamos a hablar, hasta que el sueño nos vencía y nos quedábamos dormidas. En esas conversaciones nocturnas Ruth me contó que mientras su papá buscaba un terreno para que la comunidad se reorganizara, ella se fue a vivir con su mamá a Maicao. No entendía por qué su papá no estaba con ellas en ese momento tan difícil; la idea de que él fuera un líder, más que orgullo le producía tristeza. Pero un día, casi por azar, ella terminó en ese camino. Su papá la inscribió para ser representante de los jóvenes rurales de la ANUC (Asociación Nacional de Usuarios Campesinos de Colombia), como suplente. Pero un día la representante principal no volvió y Ruth terminó por encargarse de todas las tareas.

“Sentir que no le fallaste a tu comunidad y lograr crear un trabajo colectivo, es lo que me mantiene en esto. Ser líder no es hacer las cosas sola, es luchar para que sea valorado el trabajo de todos y todas”, dice Ruth Uriana.

ALEWA
(Unidad)



En esas conversaciones también hablamos de lo que para ella ha significado ser mujer wayúu, cristiana, joven y líder. Me contó, por ejemplo, que después de su primer periodo menstrual estuvo encerrada durante dos semanas. Esta es una práctica tradicional de su comunidad, que busca que las niñas tengan un espacio de intimidad para practicar las tareas que implica su paso a la adultez. No pueden comer carne y el día de su salida les hacen una fiesta para inaugurar el nuevo ciclo. En ese espacio Ruth perfeccionó su técnica de tejido para hacer mochilas, y tuvo tiempo para preguntarse por lo que quería hacer con su vida. La mayoría de mujeres wayúu sale de allí para casarse, pero ella no. Con el apoyo de sus papás siguió estudiando.

“Al principio quería estudiar medicina, pero al ver la situación de mis mujeres decidí presentarme a una beca para Administración de Empresas y me la gané. Lo hice con la idea de poder mejorar las condiciones de venta de las mochilas y todo lo que se hace con el tejido wayúu”, explica Ruth cuando le pregunto por sus sueños profesionales.

E'INNUSHI (Tejido)



En distintos momentos del día ellas se sentaban a tejer y yo me concentraba en sus dedos, mientras hablábamos de sus sueños y del trabajo que hacen a diario para convertirse en una “comunidad-empresa” autosostenible. Ruth dice que sus mayores retos son valorizar los productos que hacen y convencer a los jóvenes de su comunidad de que se involucren con Alewa, la marca que ella sueña crear para que “la gente sepa de dónde viene lo que hacemos”.

Aunque quizá su mayor reto es ser una líder de 19 años. “Que te tomen en serio es difícil porque al ser mujer joven te llaman ‘niña’, y de una vez disminuyen la importancia de tu trabajo. Y luego, como indígena, abrirse en espacios donde para muchos somos ‘distintos’ es un reto. Por eso yo siempre intento trabajar en cambiar la mentalidad de la gente”.

Ruth me llevó a caminar a los lugares adonde ella va cuando quiere estar sola. “Ser líder no es fácil”, dice. El sonido del río y de los árboles que hay alrededor de su casa le devuelven la paz.

SÚCHI

(Río)





Lola, Abigail, Yomaira y Ruth miran los micos que se asoman por las palmeras de su casa. En ese mismo momento, Ramón está sembrando mangos.



Ruth me sorprendía con su madurez, pero al estar con su familia era fácil entender de dónde venía tanta confianza. Yomaira, Ramón y Lola conocen muy bien la importancia de la historia de su pueblo y le han enseñado a Ruth y a Abigail a apropiarse de ella. Muchos jóvenes todavía se sienten avergonzados de ser indígenas, y lo único que quieren es dejar su pueblo atrás. Por esto, Ruth recalca tanto la importancia de trabajar en construir memorias, para que los jóvenes conozcan el esfuerzo de sus antecesores y el origen de sus prácticas culturales, y construirse desde ahí.

Antes de irme le pedí a Ramón que me enseñara a decir memoria en wayúu y me dijo:

Sotoo aa'in je kataa o'u
(Recordar y vivir)

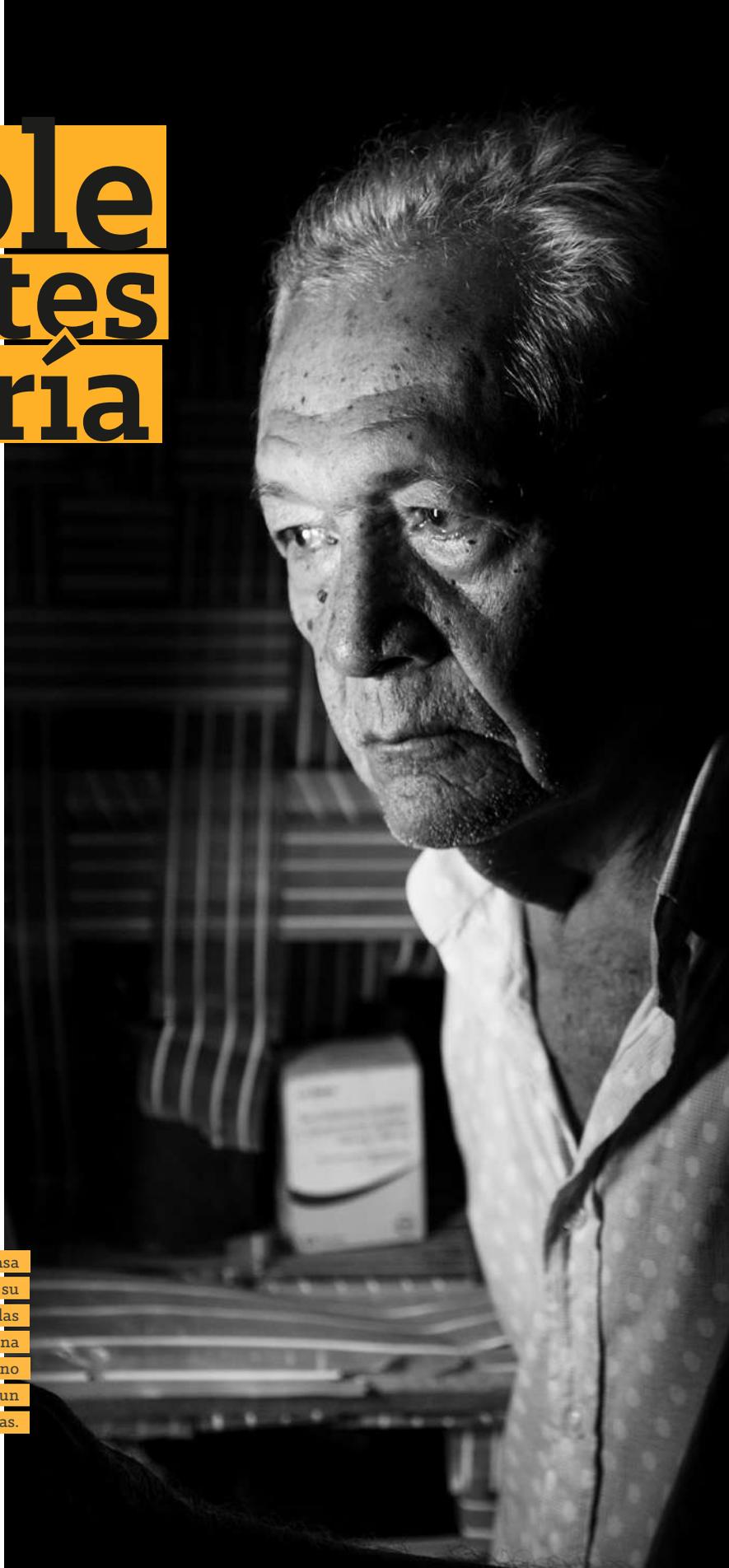
El roble de los Montes de María

Por: Harold García, periodista del CNMH.

Fotos: Daniel Sarmiento para el CNMH.

El pasado 23 de octubre murió, a los 84 años, Jesús María Pérez o 'Chucho', el defensor de la memoria campesina de esta región del Caribe colombiano, y quien se enfrentó toda su vida a la imposición, la tiranía y las injusticias contra los campesinos. Meses antes, en junio, habíamos estado en su casa, reconstruyendo su historia de liderazgo. Homenaje.

Jesús María Pérez vivía en la única casa rosada de Palmitos (Sucre). Cuando su salud se lo permitía, se levantaba a las cinco de la mañana, abría la ventana y se preguntaba si ese día sería bueno para ir al terruño, en el que tenía un policultivo de verduras.



A pesar del cáncer que lo aquejaba, Jesús María Pérez estaba siempre de buen ánimo. El miércoles 13 de junio, 132 días antes de su muerte, lo visitamos en su casa en la vereda Palmitos, del municipio San Antonio de Los Palmitos (Sucre). Era un día brillante y soleado en el que 'Chucho', como todos lo llamaban, no paró de hablar y sonreír. "Los grandes momentos reclaman palabras", decía este líder de los Montes de María, quien dedicó su vida a defender los derechos de la gente del campo. Además, fue uno de los fundadores históricos de la ANUC (Asociación Nacional de Usuarios Campesinos).

Tenía 84 años y cada día permanecía más quieto y callado. Su esposa explicó que, desde que le descubrieron un tumor en el estómago, el 30 de diciembre de 2017, debía guardar reposo. Todos los días tenía que desplazarse durante dos horas, hasta Sucre, para recibir quimioterapia, y eso lo mantenía agotado. "Es un roble", decía Soledad para reafirmar la fortaleza de este hombre que durante décadas peleó, con ideas, por una reforma agraria justa en su territorio.

"Yo incursioné en la política muy joven por el problema de la violencia –contó de manera pausada–. Mi papá, Francisco Antonio Pérez, era gaitanista. En el día lo acompañaba en sus labores agrícolas y en la noche a escondernos de la Popol (Policía Política)".

De la calma pasó a la emoción al contar que aprendió a leer a los 12 años, junto a su hermano Adelmo Manuel y a su padre, quien no leía ni escribía pero siempre que podía llegaba a la casa con el semanario *Jornada* de los gaitanistas (seguidores del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán). "Nosotros lo leíamos en voz alta y mi papá hacía la réplica de todo lo que escuchaba a todas las familias de la zona".

Decía que le aterraba reflexionar sobre esa época y ver lo cíclica que es la historia en Colombia. "La Popol fue la primera expresión de paramilitarismo que hubo en el país: iban por todos los territorios asesinando a liberales, como luego lo harían las AUC (Autodefensas Unidas de Colombia) con todo lo que les oliera a izquierda o a comunismo".

Esa tarde, se levantó del taburete en el que reposaba para revisar sus archivos, que estaban en una habitación repleta de papeles amontonados, libros, fotocopias, manuscritos, cartas arrugadas y carpetas deshechas por el comején. Una documentación que cuenta con más de mil folios y que, desde 2017, hace parte del Archivo Virtual de Derechos Humanos, Memoria Histórica y Conflicto del CNM (Centro Nacional de Memoria Histórica) que cualquier persona puede consultar.



Vivió más de 60 años con su esposa Soledad Acosta. Tuvieron un matrimonio sano y duradero, decían ellos, porque compartían sus luchas y admiraban profundamente el trabajo del otro.



'Chucho' y su esposa Soledad Acosta repasaban constantemente las fotografías de sus hijos, nietos y bisnietos, que tapizan la sala de su casa.



Soledad Acosta habla con nostalgia de las generaciones de niños y niñas que han estado a su cuidado en el hogar infantil La Mano de Dios de Palmitos.



En esta foto tomada en junio pasado aparecen hijos, nietos y bisnietos de Jesús María Pérez y Soledad Acosta que sostienen una serie de fotografías, testimonio de la lucha campesina que emprendió este hombre.

En este santuario, su lugar de reflexión y memoria, reflejaba toda su vitalidad. Era como si esta biblioteca, donde estaba condensada parte de su vida, fuera el medicamento para mantenerlo vivo. Allí, escondida entre varios papeles, encontró la foto de su madre María Luisa Ortega. ‘Chucho’ pasó gran parte de su infancia al lado de ella, quien sobre todas las cosas le enseñó el valor de compartir. En su casa siempre había un plato de comida para el peregrino. “En casa aprendí a ser solidario. Mi papá no era rico pero lo poco que tenía lo compartía”, dijo.

Luego contó que su mamá se encargaba de la educación y su papá se dedicaba a las labores del campo y a la política. “Mi madre siempre decía: ‘En la casa del jabo-

nero, el que no se cae por lo menos se resbala. Entonces dime con quién andas y te diré quién eres””, recordó él, quien constantemente les repetía esas mismas frases a sus nietos y bisnietos. De su unión con Soledad nacieron 14 hijos; 12 de ellos están vivos.

El destino unió a Jesús María Pérez y a Soledad Acosta cuando él tenía 21 años y ella, 16. Los dos son el retrato de las grandes luchas campesinas en los Montes de María: una región del Caribe colombiano que se extiende por los departamentos de Bolívar y Sucre, protagonista de un profundo conflicto de tierras por cuenta del accionar de los grupos paramilitares y guerrilleros. Soledad fue la primera madre comunitaria de San Antonio de Palmito, legado que hoy



María Luisa Ortega, madre de Jesús, y su principal maestra en la vida.

asume su hija Sara. Las pocas paredes de barro y cemento que hay en el caney en el que viven, conservan marcas de los niños que han pasado por allí.

‘Chucho’ y Soledad eran la ilusión viva del amor, el respeto y la convivencia. Ninguno habría llegado adonde llegó, sin el otro, como ambos repetían. Aunque ninguno de los dos estudió, escribieron juntos cinco libros. Uno de ellos es *Luchas campesinas y reforma agraria*, en cuyo prólogo Gonzalo Sánchez, director del CNMH, se refirió a su autor como “el mejor ejemplo de persistencia de esos viejos líderes que empezaron sus luchas a comienzos de la década de los setenta. Él ha resistido con fortaleza y decisión los golpes que sufrieron las zonas rurales de la costa Atlántica en estos años, y ha manejado con sabiduría popular los destinos de la organización campesina en medio de complejas presiones de los actores armados”.

‘Chucho’ y Soledad estuvieron 63 años juntos, tiempo que dedicaron a la lucha campesina y al cuidado de la familia. Con gran parte de ella, vivían en la casa que reconstruyeron tres veces y que en la parte trasera tiene un cobertizo sin paredes, sostenido por palos y horcones, y con techo de paja, que fue siempre el lugar de reunión. Allí el café, oscuro como la noche, se prepara en leña y tiene el sabor dulce de la felicidad que irradia el clan Pérez Acosta. 



“Estoy preparado para realizar un debate abierto a la academia”, dijo mientras sostenía sus apuntes, manuscritos e informes sobre los problemas de la tierra en Colombia.



Soledad Acosta cuando trabajó
como madre comunitaria.

Familia Pérez Acosta junto al caney de 80 años
de construcción, donde han vivido más de 11
generaciones de este clan.



Fany Escobar es madre de cuatro hijos y abuela de ocho nietos.





Las muñecas que fueron dolor

Texto: Juan Camilo Gallego Castro, periodista del CNMH.
Fotos: Isabel Valdés para el CNMH.

En 2013 Fany Escobar creó la Asociación Mujeres del Plantón. Con plantones y artes manuales visibilizan y exigen la garantía de los derechos de las mujeres víctimas de violencia de género. Entre 1958 y julio de 2018 se registraron 15.678 casos de violencia sexual en el marco del conflicto armado.

Hay días así: la mujer fuerte se desvanece y sus mejillas sienten correr las lágrimas, despavoridas. Cierra la puerta y recuerda a papá seis meses atrás, en aquel tiempo ya lejano e inevitable. Lo imagina acostado en la hamaca haciendo la siesta bajo la sombra de un mango.

El dolor de la ausencia se mezcla con el del cuello, un tormento de hace rato, un cáncer mezquino e injusto que le roba fuerzas y ánimo.

Sucede que alguien le toca la puerta y grita: “¡Fany, Fany!”. Ella se seca las lágrimas, alisa la ropa e intenta sonreír. “Mamá es la fortaleza de las mujeres, pero por dentro está destrozada”, asegura Fany, su hija.

A lo mejor esta historia empezó en 1985 en Arboletes, Urabá antioqueño, ese pueblo caribe con aire de fiesta. Parece que fueron los paramilitares, no hay mucha certeza. Los hombres quisieron llevarse a su hermana y Fany se opuso. “Entonces usted paga”, le advirtieron. Pagó: la violaron.

Pasaron muchos años. En abril de 2013 violaron tres adultas mayores en Apartadó. Ese hecho le recordó su historia, ese silencio de tanto tiempo. Fany hizo una convocatoria y se plantaron 55 mujeres frente a la Fiscalía del pueblo. Luego creó la Asociación Mujeres del Plantón; con ella denuncia la violencia sexual, exige la garantía de los derechos de las mujeres y las acompaña a salir de su dolor. Desde entonces se han dedicado a hacer plantones o se reúnen y cosen: hacen sus colchas, hacen sus muñecas, comparten, conversan, se apoyan.

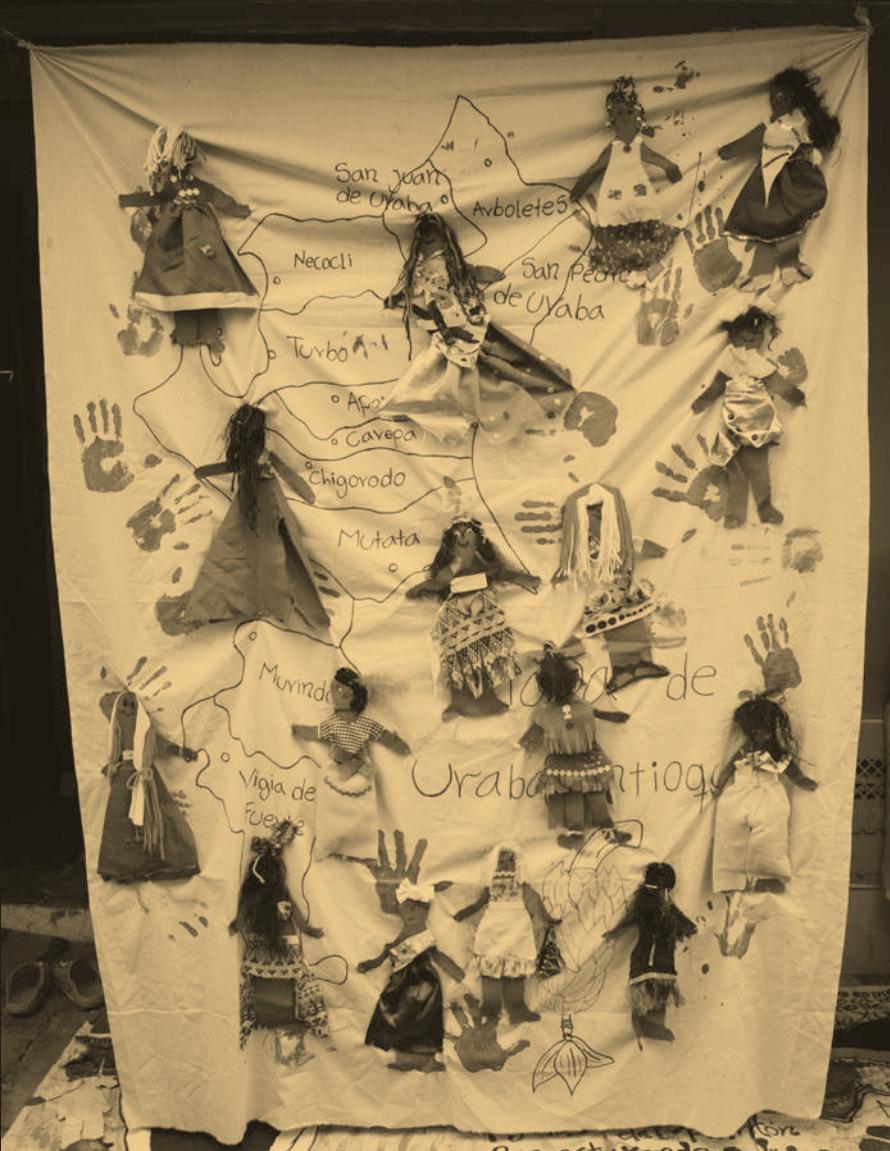
Fany les trenza el pelo de lana para que no se les caiga. La suya, la primera, tiene el cabello azul con una estrella desproporcionada,

una camisa blanca, una falda violeta y en una esquina, una franja oscura. “No había salido del dolor, cada vez que contaba mi historia, lloraba”. Esa muñeca es su antes, su durante, su después.

En una tela blanca juntaron las primeras muñecas, agarradas de la mano. Entonces nacieron las colchas. Y así, las de mujeres indígenas y de transexuales. Al terminar los talleres con las muñecas y las colchas muchas de ellas salieron del mutismo. Fue el regreso, fue desprenderse de una capa pesada y dolorosa que llevaban puesta por años. Algunas seguían recibiendo atención psicosocial y otras, cursos de formación en el SENA.

“Las muñecas las hice a mi manera. Ellas nos representan, son el después de nosotras. Me siento mejor que antes, con más ganas de vivir, más alegre”, dice Maritza Sánchez Blandón, integrante de la Asociación Mujeres del Plantón.





En octubre de 2016 la Asociación Mujeres del Plantón hizo la primera colcha con mujeres afro e indígenas. Un año después, con personas LGBT.

“Tenemos cinco colchas. En ellas, todas las muñecas se agarran de las manos. Significa que estamos unidas, en red. No tenemos diferencias”, afirma Fany Escobar.





Las Mujeres del Plantón son cerca de 2.500 en todo el país. Están en siete departamentos: Córdoba, La Guajira, Bolívar, Antioquia, Meta, Valle del Cauca y Cauca.

Así volvió Oveida Padilla a sonreír. Ella toca la puerta de Fany y grita: “¡Fany, Fany!”. También lo hacen Maritza Sánchez y otras mujeres del Plantón. Se sientan en el jardín, bajo el mango en donde papá tomaba la siesta.

Se cuentan historias bajo esa sombra que alimentan el plátano, el aguacate, el guanábano, la palma, la col, el matarratón, el limón, el ají. Hablan y se ríen y se escuchan y lloran y cosen: “Las colchas significan el pasado que tuvimos y el hoy, nuestra resiliencia. Antes no nos atrevíamos a salir, a

sonreír. Somos valientes, luchadoras y guerreras. Es nuestra memoria... podemos salir adelante. Las colchas muestran a las mujeres sobrevivientes. Representan libertad, paz. Cuando el pasado se consume, uno quiere libertad”.

Hace mucho tiempo Fany se fue de La Guajira, lejos de su mamá wayúu y su papá “coscoi, entre indio y negro”. Querían casarla y ella se voló, directo hasta el Urabá. Ahí está, acompañando a sus mujeres, haciéndose la fuerte y sonriendo, desgañitada por dentro, soportando la ausencia de papá coscoi y el dolor en el cuello que la resquebraja. En días así, en los que la mujer fuerte se desvanece, necesita de sus mujeres, de su compañía, para levantarse.

Hay días así: las mujeres fuertes también lloran. 

En el barrio 4 de junio de Apartadó (Antioquia), las Mujeres del Plantón se reúnen en el anturio de la memoria a conversar, tejer y sanar.





Desde una esquina solitaria de Barrancabermeja ella blande la bandera LGBT.



La madre de las trans de Barranca

Texto y fotos: Daniel Sarmiento para el CNMH.

Yesaira Torres es líder de la población LGBT de Barrancabermeja. Cuando la guerra entre fuerza pública, guerrillas y paramilitares estaba en su peor momento, enfrentó a los comandantes de las autodefensas.

“¡Yo soy como el arroz, vivo metida en todo!”, dice Yesaira Torres, conocida como “La madre de las trans” en Barrancabermeja y sus alrededores. Lleva 15 años hablando pasito, aunque cuando es necesario sube el volumen de la voz. Ella hace parte fundamental de la resistencia social que nació luego de que el conflicto armado se asentara en esta región. Pero su lucha empezó mucho antes, quizás desde que definió su identidad de género como mujer.

En medio de las comunas del barrio Las Malvinas, cerca de una bifurcación de caminos, está la peluquería de Yesaira. Pero este espacio es más que una peluquería. Es el escampadero y sitio de reuniones sociales de muchas trans; un cuartel donde se organizan quienes defienden las identidades de género y orientaciones sexuales no hegemónicas o normativas. Es habitual que alguna de sus amigas llegue en cualquier momento taconeando con efusividad, tome asiento, entrecruce sus piernas, se pongan a chismear un poco de todo y se rían a carcajadas. En esa dinámica prevalece el consejo y la voz madura de ‘Yes’, como la llaman algunos.

El ventilador suena como una bisagra que progresivamente va cediendo al uso. Por la resonancia de los parlantes a todo volumen, las pinzas para el cabello bailan sobre la mesa. En una de las paredes hay un afiche panorámico de algún país lejano: una imagen que les hace pensar en el lugar donde posiblemente murió una trans barranqueña llamada Raíza, alguien muy especial para Yes y todo su grupo de amigas.

“Yo soy de Paipa (Boyacá), del campo, campo. Mi mamá ha sido madre soltera y ha estado solita siempre, sin nadie que le ayude. Nosotros somos seis hermanos y yo soy la de la mitad... A ella como que le molestaba mi condición, entonces me mandó a los 14 años a Barranca con mi tía, y desde entonces mi tía ha sido mi única familia”, cuenta.



Pide que le tomen una foto “acá al lado del ruido, del escándalo”.



En la entrevista Yesaira vuelve recurrentemente a su infancia en Boyacá, y al momento en el que salió de la casa de sus papás, cuando era una adolescente, para no volver jamás.



A la izquierda está Yesaira en sus labores cotidianas en la peluquería que lleva su nombre. La acompaña su amiga Rozana, a quien se le va el tiempo leyendo noticias en su celular.



Ella es muy creyente y habitualmente hace rituales de protección. Siempre tiene encendida una vela en su casa, incluso cuando sale de fiesta.



Yesaira tenía 12 años cuando llegó a Barrancabermeja. Para ayudar económicamente a su tía tenía que realizar “trabajos de hombre”: cargar bultos, cargar mercancía en los camiones y acomodar estanterías en la plaza de mercado de Torcoroma. Su familia decía que eso era lo que le hacía falta: labores masculinas para “rectificar su camino”. Las jornadas eran largas y muy extenuantes, por eso nunca pudo ir al colegio. A los 16 años su tía la sacó de la casa porque tenía novio, y se fue a vivir con una cliente de la plaza. Allí, en la comuna Primero de Mayo, conoció el mundo gobernado por el conflicto armado.

Hacia 1996, por cuenta de las FARC, Barrancabermeja estaba dividida en dos: por un lado estaban el centro histórico, Ecopetrol y la zona comercial, donde la Policía hacía presencia constante e interactuaba con la comunidad. La otra Barranca quedaba cruzando el puente elevado que lleva al barrio Las Malvinas y a las comunas populares de la ciudad; allí la Policía no existía y se escuchaban enfrentamientos ocasionales entre la guerrilla y el Ejército. En esta zona había toque de queda, un “código de convivencia” impuesto por los armados, se pagaba “vacuna” y los panfletos amenazantes eran noticias de cada día.

Por esa misma época Yesaira conoció a Raíza, la primera lideresa trans de la región, quien se convirtió en su guía, en su mentora; no solo le enseñó cómo manejar una peluquería sino que la formó como lideresa. Raíza resistió, visibilizó luchas por la inclusión y desde su peluquería ayudó a quienes apoyaban su causa. Hoy Yesaira hace lo mismo.

“Nosotras pagábamos vacuna motilando a los comandantes o al que ellos nos dijeran. Cuando se formaban esas plomaceras, nos encerrábamos horas, días hasta que pasaran... Teníamos prohibido tener contacto con alguien de la fuerza pública... Todo empeoró con la llegada de los paramilitares, ellos entraron a la zona pisando duro y amedrentándonos”, recuerda.

Esta es la única fotografía que tiene de Raíza: su vieja amiga, mentora y

“madrina”, en la lucha por los derechos de la población LGBT.



Cuando la situación se hizo insostenible, Raíza y Yesaira fueron a hablar con el comandante paramilitar encargado, sin cita previa. Entraron a su base y cuestionaron abiertamente sus panfletos en contra de los homosexuales o “maricas”, como ellos las llamaban. Explicaron que no podían vivir así. Y concluyeron diciendo que ellas eran la voz de cerca de dos mil personas de sectores LGBT. “El comandante dijo que no nos iban a hacer nada siempre y cuando no llegaran nuevas compañeras trans”. Pronto se corrió la voz y la peluquería se convirtió en la sede de las nuevas activistas.

Con el tiempo varias organizaciones, colectivos y grupos se unieron, y en 2016 crearon la Mesa Técnica Municipal LGBTI. Uno de sus principales objetivos es dialogar con la comunidad, entender sus preocupaciones, y sacar adelante iniciativas y políticas públicas incluyentes. Con ese fin crearon la “Motilona”: un recorrido que hacen de comuna en comuna hablando con

la gente y cortándole el pelo a quien se apunte.

“Ellas vieron con buenos ojos que yo las representara ante la Mesa Técnica Municipal LGBTI, y una cosa lleva a otra. Luego fui candidata a la Asamblea Departamental de Santander: la primera trans en aspirar a un cargo público, en este departamento”, afirma.

Yesaira Torres dice que Barrancabermeja le ha dado todo: una familia que se perdona, que se apoya, que se acompaña, que se cuida. Una familia de la que ella es la madre: una madre valiente, fuerte y orgullosa. 

Junto a Carol, miembros de la Mesa Técnica Municipal LGBTI, en medio de la velación contra el asesinato de líderes y lideresas del país, celebrada el 7 de julio.



Yesaira y sus amigas en la velación por los la defensa de los líderes y lideresas del país, realizada el 7 de julio, a la que asistieron unas 800 personas.



*No te excluyas de la inclusión.
Defendemos los Derechos Humanos.
Trabajamos por el respeto a la diversidad.*

El árbol de la vida de Bojayá: su Comité de Víctimas

Texto: María de los Ángeles Reyes, periodista del CNMH.

Fotos: Juan Sebastián Sanabria para el CNMH.



El liderazgo en Bojayá es de todos, es colectivo. Por eso el gran adalid de este municipio, uno de los más afectados por la guerra en Colombia, es un grupo de 20 personas con trayectorias distintas pero con un mismo sentir: sanar las heridas y ser un ejemplo de perseverancia y paz.



El pasado 2 de mayo los bojayaseños conmemoraron los 16 años de la muerte de sus seres queridos. En la foto, Rosita Mosquera, una de las integrantes del Comité de Víctimas, espera a sus compañeros y a la comunidad en el puerto del viejo pueblo de Bellavista.

En Bojayá, dicen sus habitantes, todos son familia por algún lado: desde Bellavista, la cabecera municipal, que queda sobre el río Atrato, hasta los pueblos, a más de tres horas de allí, que viven en las cuencas del río Bojayá o del río Cuia. Todo es de todos, todo es colectivo. Comparten, como ellos afirman, el mismo árbol de la vida, las mismas preocupaciones y tradiciones, la crianza de los niños y la esperanza de su futuro.

Esta familia vive fragmentada como consecuencia del conflicto armado. Durante la arremetida paramilitar en esta zona del Chocó, que empezó en 1997, muchas personas salieron desplazadas hacia los pueblos ubicados al otro lado del Atrato, donde ya es Antioquia, o hacia Quibdó. Cada quien buscó refugio en medio de un conflicto que convirtió su hogar en un lugar del horror y a su río, en un cementerio por el que bajaban cuerpos desmembrados.

Lo peor de la guerra llegó a esta familia el 2 de mayo de 2002. Los paramilitares y la guerrilla de las FARC se habían enfrentado durante tres días y ese jueves provocaron uno de los episodios más dolorosos del conflicto en Colombia: la masacre de Bojayá. Más de 80 personas murieron, la mitad de ellos niños y niñas, luego de que una pipeta cayera en la iglesia del pueblo, donde todos pretendían protegerse de las balas.

El conflicto destruyó la iglesia de San Pablo Apóstol y los sueños de muchas personas de vivir y morir en Bellavista, pero esto no afectó el sentido de familia, como asegura Máxima Asprilla, miembro del Comité: “Los bojayaseños en cualquier parte del Atrato se sienten bien, se sienten en familia”. En las fiestas o conmemoraciones importantes, quienes bajan al pueblo desde Quibdó empiezan a sentirse en casa desde cuando embarcan la panga que, por tres horas, sobre el río, es testigo de anécdotas, risas, comida compartida en recipientes de icopor, y hasta paradas inesperadas a comprar guaguas¹ o pescado para cocinar esa noche en el pueblo.

Al llegar al puerto, los más jóvenes ayudan a las señoras a cargar sus bolsas y maletas hacia la parte alta del nuevo pueblo, construido por el Gobierno lejos del río, tras la masacre y las inundaciones que le siguieron a la tragedia. A pesar del desplazamiento, todos tienen casa en Bellavista, e incluso en Pogue, en Cuia o Piedra Canela. No es de extrañar que cada comunidad negra, que habita esta maraña de ríos, haya llorado a los muertos de la masacre. Todos son familia.

Desde cuando empezaron a sentirse los efectos de la guerra, los bojayaseños se organizaron en todo tipo de colectividades para resistir y acompañarse por si llegaba el dolor o aparecían las necesidades. Por ejemplo las mujeres se unieron en el grupo Guayacán², que acompañan las Hermanas Agustinas Misioneras, y por medio de tejidos y artesanías comparten sus duelos y se acompañan para recuperar la alegría.

Los jóvenes crearon la Asociación de Jóvenes Unidos por Amor al Pueblo, con apoyo de la Diócesis de Quibdó. También están la Asociación Dos de Mayo en Quibdó y el Comité Dos de Mayo en Bojayá. Y, por supuesto, el apoyo y presencia constante de la autoridad étnica de Bojayá: el Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato.

La masacre de Bojayá fue, para muchos, la muestra irrefutable de la crudeza del conflicto armado; puso a esta comunidad en los ojos del mundo y le generó unas responsabilidades. Quizás una de las más importantes fue la invitación que el Gobierno y las FARC le hicieron en 2014 para participar en las negociaciones de paz en La Habana (Cuba).

Seis personas viajaron a Cuba en nombre de toda la familia y se encontraron frente a frente con sus victi-

1. La guagua es un roedor que habita los bosques del Chocó.

2. El nombre del grupo de mujeres se inspiró en un árbol de la región, el Guayacán, uno de los árboles madereros más usados por la comunidad.

marios, y con el Estado que les había dado la espalda, para exigir que se remediaron los daños que todavía estaban en deuda: el reconocimiento y la atención a los lesionados, y la identificación de todos los cadáveres para darles un entierro digno y con todas las características rituales que, por causa de los combates de 2002, no pudieron hacerse.

Además, tuvieron que interceder ante la comunidad, cuando las FARC les anunciaron que querían realizar en su pueblo el primer acto de reconocimiento de responsabilidad, por la masacre perpetrada por sus combatientes. Ese acto se realizó en diciembre de 2015.

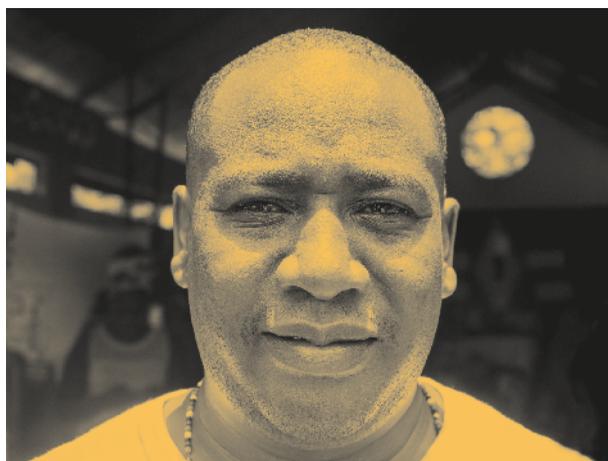
Con este gran reto, se gestó lo que ahora es el Comité por los Derechos de las Víctimas de Bojayá: una gran sombrilla bajo la cual se reúnen todas estas colectividades, y que ahora es la principal interlocutora entre la comunidad y las instituciones estatales, la cooperación internacional y hasta los nuevos grupos armados que hace un par de años han vuelto a transitar, regularmente, por el territorio.

El Comité es, como todo en Bojayá, otra gran familia. Por eso, hoy se reconocen sus rostros, sus luchas individuales y sobre todo, su papel en el árbol de la vida de la historia de Bojayá.

EL PRIMER GRUPO DE SEIS



Maria Pascuala fue víctima directa de la masacre, perdió a varias personas de su núcleo familiar y fue a La Habana como representante de otras víctimas como ella.



Leyner Palacios es abogado y oriundo de Pogue. Ha sido, quizás, la cara más visible del Comité, porque lo ha representado en escenarios nacionales e internacionales. Fue uno de los seis delegados para viajar a La Habana.



José de la Cruz Valencia hizo parte de la Asociación de Jóvenes Unidos por Amor al Pueblo, y ahora lidera los procesos de memoria histórica de Bojayá.



Delis Palacios estaba en la iglesia de San Pablo Apóstol cuando cayó la pipeta. Sobrevivió con varias huellas en su cuerpo y hoy es una de las más importantes abanderadas en la defensa de otras personas lesionadas.



A **Elizabeth Álvarez** todos la conocen como Lucero. Es docente y su mayor interés es la educación de las nuevas generaciones bojayaseñas.

*En este grupo hace falta **Plácido Bailarín**, a quien por problemas logísticos no pudimos retratar. Plácido es el primer representante dentro del Comité de las comunidades indígenas Embera Dóbida que cohabita el territorio con los consejos comunitarios. Estas comunidades se han visto muy afectadas por el conflicto, pues han tenido que desplazarse de forma masiva a ciudades y cabeceras de ríos.

LOS Y LAS QUE SE HAN IDO SUMANDO



Leoncio Caicedo Córdoba ha vivido en Bellavista toda su vida. Desde muy joven, cuando se empezaba a sentir el conflicto, empezó a involucrarse en espacios de discusión en torno a los retos y peligros del conflicto, y la necesidad inminente de resistir dentro de Bellavista.



Rosita hace parte del grupo de mujeres Guayacán. Era la enfermera del pueblo en el momento de la masacre. Ahora lidera procesos de memoria con otras mujeres, y en cada conmemoración se encarga de resguardar al cristo mutilado y del mantenimiento de la parroquia del viejo pueblo.



Yeya también se ha sumado para representar a los habitantes de Bellavista. En los procesos más recientes del Comité, relacionados con la exhumación y reconocimiento de los cadáveres, está encargada de la logística y acompañamiento a las familias.



Calvo o Herling Perea hizo parte de la Asociación de Jóvenes Unidos por Amor al Pueblo y del Comité Dos de Mayo. También apoya al Comité por los Derechos de las Víctimas en los nuevos procesos de reparación colectiva.



Juan de Dios trabajaba en el Cocomacia (Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato) antes de hacer parte del Comité. Ahora apoya la logística y los procesos de memoria que se desarrollan en Quibdó, Bellavista, y varios pueblos de la región del Medio Atrato.



Máxima Asprilla es de Pogue. Allí, por más de 10 años fue lideresa y defensora de los derechos de su comunidad. Ahora vive en Bellavista, pero se mantiene activa en el liderazgo en temas culturales y espirituales. Es cantaora del grupo de alabaos de Pogue.



Saulo Enrique Mosquera Palacios es de Pogue. Forma parte de la mesa de víctimas de este consejo comunitario y también del grupo de alabaos de esa población. Trabaja por preservar la cultura y la espiritualidad de su territorio.



Yenmin hacía parte del Comité Dos de Mayo y ahora trabaja de la mano del Comité representando y acompañando a las familias involucradas en el proceso de exhumación.



Rovira se crio en Caimanero, un pueblo sobre el río Bojayá. Empezó a involucrarse en el Comité recientemente, con el proceso de exhumación, por su cercanía a las comunidades de Bellavista y de las cuencas de los ríos.



Yuber es abogado de la Universidad Tecnológica del Chocó y ha participado en encuentros internacionales de derechos humanos. Es de Pogue y se unió al Comité para apoyar varios procesos desde su profesión: la reparación colectiva, las exhumaciones y la representación de la comunidad ante las instituciones.

* No pudimos fotografiar algunas personas porque estaban en labores comunitarias en las cabeceras de los ríos o en otras ciudades. Las nombramos, también, para reconocer su trabajo:

Esaú Mena Perea: representante Región de La Loma.

Delmiro Palacios: representante de los cabildos indígenas de Bojayá Camaibo, Acirup y Drua Wandra.

Rosmira Salas: representante del Cocomacia.

Macario Mosquera: representante del Consejo Comunitario de Pogue.

Defender el territorio de las armas aún hasta la muerte

Texto: Helga Natalia Bermúdez,
Grupo de apoyo a iniciativas de memoria.
Fotos: Camilo Ara para el CNMH.

Esta consigna de resistencia del pueblo Awá se convirtió en una especie de sentencia para sus líderes. El 19 de agosto fue asesinado Holmes Alberto Niscué, a quien entrevistamos en su resguardo en mayo pasado, luego de que las disidencias de las FARC dirigidas por alias Guacho hicieran presencia en ese territorio.



“Defender con resistencia al Pueblo Awá”: la consigna que la Guardia Indígena lleva grabada no solo en su chaleco sino también en su corazón.

Pasaba el mediodía del miércoles 30 de mayo en la comunidad de Alto Palay, en el resguardo Awá de Gran Rosario (Tumaco), cuando Holmes Niscué, Ignacio Moreano, Demecio Rodríguez y Flor Alba García, notaron la presencia de un grupo de jóvenes armados y vestidos de negro, que hacían guardia en la escuela donde se celebraba la asamblea local. Con calma, llamaron a algunos de ellos para preguntarles por la irrupción a su territorio. Los jóvenes, que se identificaron como integrantes del Frente Oliver Sinisterra de la disidencia de las FARC, dirigidas por alias *Guacho*, se limitaron a decir que seguían órdenes de su comandante, sin más explicaciones.

Los líderes Awá insistieron en su inconformidad porque su territorio no es para la guerra, porque defienden su autonomía y

su ley propia como resguardo indígena; porque –aseguraron– no iban a permitir que sus familias y comunidad quedaran en medio de la confrontación armada entre los disidentes y la fuerza pública, que por esos días había incrementado sus operaciones en esa región para cercar a *Guacho* y a sus hombres.

Holmes, uno de los líderes del resguardo, contó que años atrás hacían comisiones para hablar con los comandantes de la guerrilla de las FARC y exigir respeto por sus territorios y el no involucramiento de



El frente Oliver Sinisterra es una estructura armada disidente de la antigua guerrilla de las FARC, comandada por Walter Arízala Vernaza, alias Guacho, quien se declaró desertor del proceso de paz y controla los cultivos de coca y las rutas del narcotráfico del Pacífico nariñense.

los indígenas en sus ejércitos. Justamente, este fue el pedido de Holmes a los disidentes: hablar directamente con *Guacho* para que les explicara por qué los estaba involucrando en su guerra. Según las autoridades Awá, por esos días habían sido asesinados dos de sus líderes: Pablo Emilio Moreno y Carlos Roberto. Al comenzar la asamblea se levantó una plegaria por ellos, reconociendo que la muerte de una persona es “perder un corazón del mundo”.

A los líderes indígenas los están matando por defender su territorio, por no quedarse en silencio ante los atropellos de los grupos armados, por hacerles frente, y no irse de sus comunidades. Los hombres de *Guacho* reconocieron que a Pablo Emilio lo asesinaron por “decir lo que no era”.

La vida de los Awá está en riesgo, las disidencias y demás estructuras armadas en la región no sienten respeto hacia nadie, amenazan a los líderes, a sus familias y conocidos; los obligan a desplazarse o, simplemente, los ejecutan. El Estado debe proteger sus vidas como el derecho supremo. Todo esto sucede en medio del dominio y la disputa territorial de los grupos armados para manejar el negocio de la coca, cuyo cultivo ocupa aproximadamente 23 mil hectáreas de la zona rural de Tumaco, según el último informe de la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (Unodc).

Holmes, Ignacio, Demecio y Flor Alba fueron amenazados por “Los Guachos”, por haberlos confrontado en la asamblea local de ese día de mayo. Los señalaron de “sapos” y les achacaron sus bajas militares tras las emboscadas que sufrieron a manos de la fuerza pública.

Los Awá también contaron la historia de hombres armados que merodean las escuelas y comunidades, con la intención de con-



Los mayores Awá conocen palmo a palmo su territorio y son los guías y narradores de las historias que han transcurrido entre la selva.



A pesar de las acechanzas de los grupos armados, algunos jóvenes siguen el ejemplo de sus ancestros y cuidan el ciclo de la vida del Pueblo Awá.



Con el bastón de mando los líderes Awá protegen el territorio, irguiéndolo como símbolo de paz y autonomía.

vencer a los jóvenes indígenas de enrolarse en su grupo. Johan, de 16 años, fue uno de ellos. Terminó sumándose a las filas del Oliver Sinisterra, arguyendo que se había aburrido en su casa y que tenía rabia por el asesinato de su padre cuando tenía 9 años. Johan dijo que se fue por su voluntad pero, según los líderes, “al muchacho le hicieron inteligencia, le lavaron la mente y lo convencieron”. Precisamente por eso el resguardo rechaza la presencia de los armados en su territorio: “Porque les ofrecen a los jóvenes armas y dinero rápido y ellos, como han perdido el arraigo y desconocen los procesos de resistencia, sucumben a sus pretensiones”.

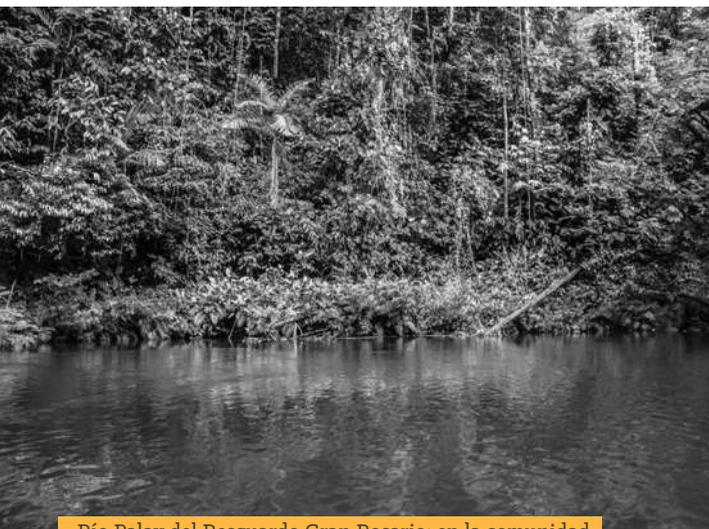
Por este motivo, los mayores y líderes insisten en la importancia de preservar la memoria, la cultura y la historia de resistencia Awá, caracterizada por el cuidado y la defensa decidida del territorio.

Los mayores recordaron cómo abrieron caminos con mingas, trochando en medio de la selva –dicen que ellos son *la gente de la selva*–. Contaron que han ‘frentiado’ a los grupos armados que se han metido a sus comunidades y que, a pesar de todo, han logrado salvaguardar sus riquezas naturales: las otorgadas benévolamente por la Madre Tierra, a quien agradecen la exuberancia de sus bosques, montañas y ríos como el Rosario, Palay, Chachajo, Aguacate, Panteón, Inda y Pulgande.

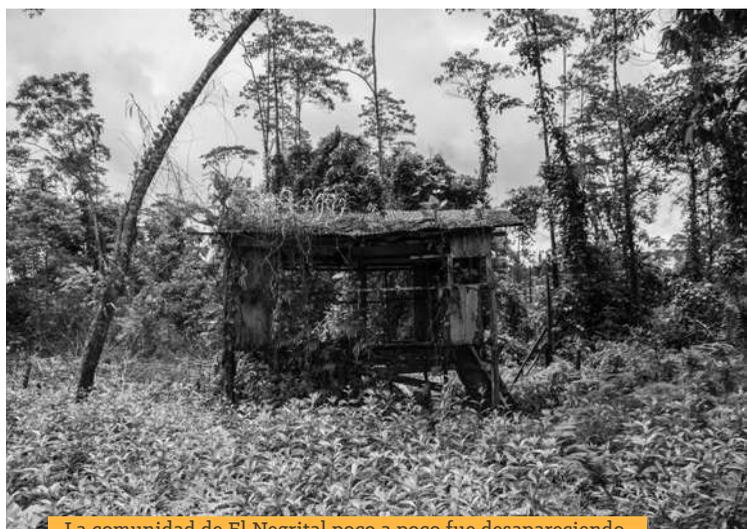
Los Awá temen volver al pasado, aquel marcado por las fumigaciones aéreas de glifosato y por la siembra indiscriminada de minas antipersonal, que dañaron su fauna y flora; sufren con la migración de pericos por el veneno de las fumigaciones, la contaminación de sus ríos y cultivos, y el derrame de petróleo en sus aguas.

Con machetes y trozos de madera los Awá formaron las trochas por las que se recorre el Resguardo de Gran Rosario.





Río Palay del Resguardo Gran Rosario: en la comunidad lo conocen como "Quita palanca", porque cuenta la leyenda que los remadores perdían sus palancas por la fuerza de las aguas. Navegando el río Palay se llega al lugar sagrado de El Salto.



La comunidad de El Negrítal poco a poco fue desapareciendo por el asesinato de sus líderes, el desplazamiento de sus habitantes, el cierre de la escuela y el abandono del lugar sagrado para adorar.



"All you need is love": "Todo lo que necesitas es amor". Luego de comprender lo que dice su camiseta, Marisol en medio de sonrisas manifestó estar de acuerdo con la sentencia de la famosa canción. Ella, al igual que las mujeres Awá, han resistido al conflicto y participan de las asambleas locales para aprender sobre sus derechos y seguir reclamando su restitución. Tras la detonación de un artefacto explosivo la casa de Marisol fue quemada en el corregimiento de La Guayacana.

Holmes aseguró que soñaba con ver fortalecida la Guardia Indígena del resguardo, con más jóvenes voluntarios que comprendan que el territorio les pertenece y deben protegerlo. Su anhelo –dijo– era que las mujeres Awá también asumieran liderazgos, que fueran coordinadoras de la guardia y gobernadoras. Además, explicó que trabajaba por un proyecto educativo propio, en el que pudiera enseñar y hacer resistencia desde la escuela, así como lo hacía cuando era docente y les hablaba a los niños del dolor de la guerra, de los riesgos de las armas, y del orgullo de ser indígenas.

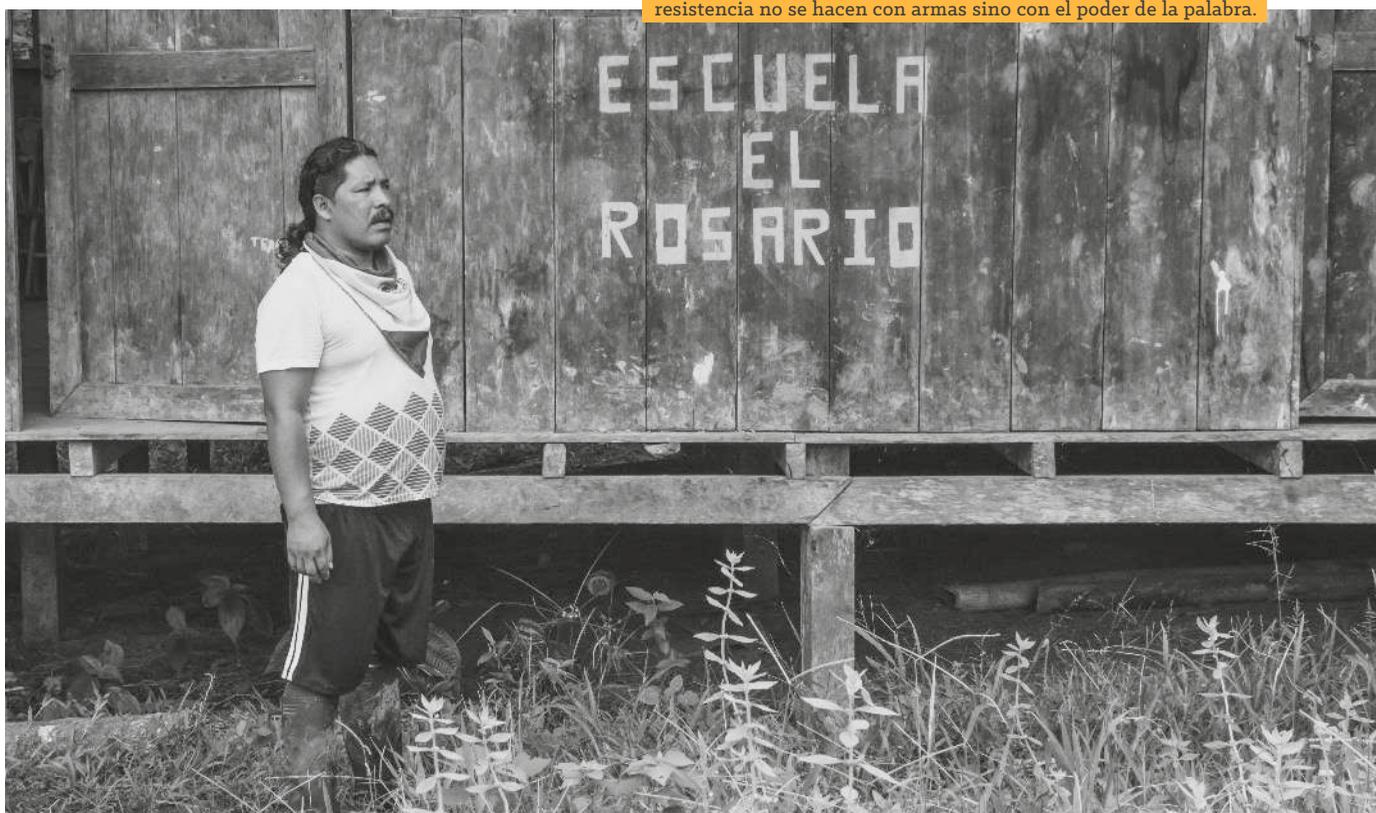
Holmes y sus compañeros de lucha insistieron en que querían reclamar por sus muertos y desaparecidos, y en que querían hacer memoria de las masacres ocurridas en su territorio, como aquella del 26 de agosto de 2009 en la comunidad de Calví de Gran Rosario en la que fueron asesinadas 12 personas, entre ellas siete niños, y que será recordada en una de las iniciativas de memoria histórica que apoya el Centro Nacional de Memoria Histórica.

Holmes explicó que trabajaba por los suyos porque “esa es la labor de un líder: decir la verdad, asumir los procesos, orientar a la comu-

nidad, ‘frentiar’ a los grupos armados, quedarse a cuidar el territorio y aportar para que las cosas mejoren”. Y luego afirmó, sin titubear: “Si por nuestra palabra hemos de morir, que así sea, pero moriremos luchando”.

Estas palabras se hicieron trágicamente realidad el 19 de agosto de 2018: Holmes fue asesinado por las disidencias de las FARC en el Corregimiento de La Guayaicana, Tumaco (Nariño). Su vida, trabajo y lucha son un referente comunitario y un llamado al Estado y la sociedad colombiana para que esta historia no se siga repitiendo y en un futuro no tan lejano el Resguardo El Gran Rosario se pueda recorrer sin coca y sin grupos armados. 

Como educador indígena Nasa y Awá, Holmes aseguraba que se podía preservar la vida y la memoria de su pueblo inculcando a los niños y jóvenes que la lucha y la resistencia no se hacen con armas sino con el poder de la palabra.



Mery Naranjo y Socorro Mosquera se conocieron hace casi treinta años caminando los barrios de la Comuna 13. Desde esa época han venido trabajando por la transformación de tanto dolor: “Si nos matan, morimos contentas porque sabemos que nuestro ejemplo ha movilizadado a las nuevas generaciones”, dice Socorro.



OTRO FUTURO para la trece

Texto: Mauricio Builes, periodista del CNMH.
Fotos: Camilo Ara para el CNMH.

La paz de la Comuna 13 de Medellín no es un asunto exclusivamente militar. La clave es la educación de las nuevas generaciones que han crecido entre combates y venganzas. Un grupo de mujeres lo está demostrando.

La tarde que llegamos al barrio 20 de julio de Medellín, hace un par de meses, la bienvenida fue una mala noticia: “Esta semana nos han matado a doce”, dijo Mery Naranjo, presidenta de la Mesa por los Derechos Humanos de la Comuna 13. Y no se refería a sus pares: líderes de los barrios del occidente de la ciudad. Cuando dijo “nos han matado a doce”, se refería a vecinos comunes y corrientes, a seres anónimo que no necesariamente conocía, pero que suman (y duelen) en ese desangre que no para.

La conversación con Mery fue interrumpida varias veces por los mensajes de su WhatsApp: “¿Quiere ver? –preguntó–. Estos son los mensajes que me llegan todo el día de la gente desesperada por lo que está ocurriendo”. No son solo muertos y amenazas. Según la Personería de Medellín, el desplazamiento forzado intraurbano creció dramáticamente en los últimos meses. Hasta el mes de abril se tenían registradas 32 familias desplazadas de manera forzada de esta comuna. Y entre el 1 de mayo y el 4 de julio se registraron 135 familias, para un total de 167 en todo el año (cerca de 350 personas).



Desde hace casi tres décadas, cuando muchas de las lomas de la comuna eran solo rastrojos, Mery trabaja por transformar la realidad de su familia y de sus vecinos. Ha hecho convites y sanchochos con los jóvenes para reconstruir casas abandonadas, para limpiar las calles, para hacer talleres de dibujo y escritura con los niños, para buscar desaparecidos, para denunciar las cifras de muertos. En la década de los ochenta encontró una aliada, Socorro Mosquera, y ambas, más que un ejemplo, ya son un emblema de liderazgo y supervivencia de la Comuna 13. Perdieron la cuenta de cuántos muertos han visto, de las familias que han tenido que huir, de las veces que han recibido amenazas, de los velorios y las marchas para gritar “¡Basta ya!”. Saben que la realidad no cambiará de un día para otro, que hay momentos de profunda desesperanza, pero están convencidas de que la clave para transformar la realidad de todos esos barrios está en los jóvenes: “Esa es nuestra obsesión –dijo Socorro–. El trabajo con los pelados es lo que nos mantiene firmes”.

Una nota reciente del portal Verdad Abierta revela, que entre abril y junio de este año 146 estudiantes de la Institución Educativa La América (Comuna 13) no han vuelto a clases por razones relacionadas con el conflicto armado, mientras que líderes del sector denuncian que en la Institución Educativa Las Independencias, el Colegio Juan XXIII y el Colegio Cristóbal Colón, vienen creciendo los casos de desertión tras el último periodo de vacaciones.

Pero, ¿qué disparó la violencia este año? Según el Sistema de Alertas Tempranas de la ciudad, se trata de un conflicto de vieja data que se reavivó a finales de abril de

La mayoría de los jóvenes líderes de barrios como el 20 de Julio o Las Independencias comenzaron su trabajo en los semilleros de niños y niñas creados por Socorro y Mery en los años noventa.



este año. Lo que está en juego es el control del territorio, es decir, las rentas ilegales. Los combos se disputan cuadra a cuadra la Comuna 13. Esto sin contar con que esta zona constituye un corredor vital para el tráfico de armas y narcóticos, que va desde el bajo Cauca antioqueño, se extiende por las montañas del occidente de Antioquia y, de ahí, al golfo de Urabá, incluyendo todo el occidente de Medellín.

“Es una lucha entre la calle y la escuela; entre los combos y las oportunidades”, dijo Lina Durán, líder joven del barrio Las Independencias. Su liderazgo es heredado. Ella creció al lado de Mery y Socorro, quienes la acogieron desde niña y le en-

señaron cuán importante es servir a la comunidad. “El odio y la pobreza no tienen por qué hacer parte de mi vida. Socorro me sacó adelante. Ella me convenció de que a pesar del dolor que se siente en estas calles, yo puedo vivir diferente”. Lina contó su testimonio emocionada, como si fuera la primera vez que la escuchaban. A su lado estaba Yuri Durán, su hija de 18 años, otro liderazgo heredado; y ambas son el ejemplo perfecto de la transformación que puede vivir una familia si uno de sus miembros decide ayudar a otros.

Lo que ha ocurrido en Lina y en Yuri no es excepcional: en la medida en que transcurría la conversación con ellas en una casa del 20 de Julio, fueron llegando más hombres y mujeres menores de 20 años. Querían contar cómo los salvó haber conocido a Socorro y a Mery. “Sabemos que mañana nos pueden matar, pero no nos vamos a morir tristes. El liderazgo para salvar a la comuna está ahora en estos pelados”, dijo Socorro señalando las laderas del barrio. 



“Muchas veces nos dan ganas de rendirnos, pero Socorro no nos deja”, comenta Luisa María (con gafas en la foto), una de las jóvenes que ha heredado el liderazgo de Mery y

Socorro.

“Yo quiero morir de pulmonía, pero de plomonía no”

Texto: Tatiana Peláez, periodista del CNMH.
Fotos: Juan Sebastian Sanabria para el CNMH.

María Cardona Mejía es una pieza esencial de la memoria de la Unión Patriótica. Heredó la bandera política de su hermano Luis Alberto, quien fue una de las 4.153 víctimas que dejó el genocidio de la UP entre 1984 y 2002.

María Cardona Mejía nació en Chinchiná (Caldas), y fue la menor de 12 hermanos. Su madre murió cuando ella era una bebé y por esto su padre, un campesino conservador y religioso acérrimo, asumió su crianza. El maltrato en casa era una constante. “Mi padre era un hombre muy violento con sus hijos. Yo ahora lo entiendo porque no le podíamos pedir más a un hombre que vivió La Guerra de los Mil Días, que vivió todo ese proceso de la guerra chulavita”, cuenta.

María quedó embarazada a los 14 años y su padre la echó de la casa, pues consideraba que el honor de la familia se había mancillado. Con unos pocos pesos que le había dado un vecino viajó en bus a Bogotá y, con la ayuda de su hermano Luis Alberto —a quien también habían expulsado de la casa tres años atrás—, ingresó a un refugio para madres solteras. Desde entonces los dos hermanos se volvieron inseparables.



María sostiene el periódico que lleva en la portada una de las despedidas más duras que ha tenido que vivir en su vida: la de su hermano Luis Alberto Cardona Mejía.

Chinchiná despidió su líder



Entrada la noche de ayer y en medio de una multitud de compañeros y amigos fue inhumado el cadáver del dirigente político y educador Luis Alberto Cardona Mejía en Chinchiná.

Por lo menos cinco mil personas se hicieron presentes en funeral de dirigente comunista representante de los Derechos Humanos y catedrático del economista Luis Alberto Cardona Mejía asesinado el martes cuando dirigía a la localidad de San Rosa de Cabal.

En el cementerio de la localidad llevaron la palabra dirigentes de los partidos de izquierda, organizaciones populares y miembros del Comité Permanente de la Defensa de los derechos Humanos, quienes coincidieron en destacar los dotes de inteligencia y humanista que poseía la víctima.

El sepelio fue un acto masivo donde estudiantes, obreros, profesores y líderes cívicos se concentraron en un solo bloque.

POR LA VIDA
UN ANE...
LUI...
LUI...
LUI...

LUIS ALBERTO CARDONA MEJÍA
1989
4 DE ABRIL
1990

EXE...
LUI...
LUI...
LUI...

mil personas
sta el campo
del funeral.

Una semana después de que naciera su hija, María intentó volver a la casa de su padre, pero se encontró con la misma violencia, entonces regresó a Bogotá a vivir con su hermano. “Me acuerdo mucho de una frase que él me dijo: ‘Juntemos pobrezas y juntemos hambres’”. Luis Alberto se dedicó a cuidar carros en el Parque El Salitre y María a trabajar como enfermera. No pasó mucho tiempo para que María descubriera que su hermano era militante del Partido Comunista y empezó a acompañarlo a las reuniones. “Hablando en una noche muy, muy fría sentados en la Plaza de Bolívar, ¡con un hambre! porque el sueldo no alcanzaba para mucho, él me decía: ‘Más que defender una posición política o una reivindicación laboral, lo que hay que defender es la dignidad humana’”. Desde entonces las conversaciones sobre derechos humanos se volvieron constantes entre ellos.

Luis Alberto comenzó a recibir amenazas, se exilió en Moscú durante seis meses y a su regreso, ya como economista graduado, empezó a buscarse un espacio como político en Chinchiná, primero por el Partido Comunista y luego por la Unión Patriótica. Fue concejal de este municipio en dos ocasiones. María, por su parte, se fue a vivir a Bucaramanga persiguiendo el amor y, aunque ese sueño de construir familia se diluyó, se quedó en la capital santandereana. “Yo empecé a hacerme políticamente y como defensora de derechos humanos en Bucaramanga”, dice. Sin embargo, el contacto con su hermano era constante y se visitaban cada vez que podían.

María cuenta que hacia 1985, con el surgimiento de la Unión Patriótica como partido, “todos estábamos alborozados, todos creíamos que la revolución estaba a la vuelta de la esquina, todos creíamos que ese proceso de conversación con las FARC en La Uribe iba por fin a cumplir esa consigna que en el CPDH (Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos) habíamos dicho tanto: negociación política del conflicto armado. Estábamos felices, hacíamos esas banderas con estencil, con plantillas”. Ese año María y Luis Alberto asistieron al primer Congreso de la Unión Patriótica en Bogotá.

Luego dice: “Con la UP nació un sueño, pero también empezó el dolor”. Los miembros de la Unión Patriótica empezaron a ser perseguidos y asesinados a lo largo y ancho del país. María iba de un sepelio a otro, de una marcha a otra, y las amenazas no tardaron en llegar a Bucaramanga: primero fueron las llamadas y los panfletos con amenazas; luego asesinaron a su pareja, y secuestraron y torturaron a su hija. “Tuve miedo, pero me acuerdo de Jaime Pardo que decía: ‘El miedo es un derecho que hay que sentirlo y que hay que saberlo manejar’”.

Luis Alberto, ya como candidato a la Cámara, invitó a María y a su hija a Chinchiná para celebrar sus 37 años y les envió los pasajes. Dos días antes de viajar María recibió una llamada: su hermano había sido asesinado. “Todas las muertes duelen, absolutamente todas las muertes dolían, pero esta a mí me marcó”. En



lugar de celebrar un cumpleaños, María y su hija viajaron a Chinchiná para despedirse de Luis Alberto. Y, aunque muchos bajaron las banderas, para María la muerte de su hermano fue una motivación más para continuar su lucha.

Aunque con el tiempo la UP empezó a desvanecerse, María se convirtió en secretaria ejecutiva del CPDH en Santander y desde allí lideró toda clase de procesos en pro de la protección de los derechos humanos y la construcción de memoria, y en contra de la impunidad.

Las amenazas nunca se detuvieron. Una noche ingresaron a su casa 30 hombres encapuchados, destruyeron todo lo que encontraron a su paso y la amedrentaron con pistolas en la cabeza. Todas las mañanas desde su apartamento oía los pasos de

hombres encapuchados que pasaban trotando y cantando: “Vamos a matar comunistas, ¡sí señor!”. Su nombre aparecía en las listas de todos los panfletos que exigían que abandonaran la ciudad. La acorralaron varias motos en una esquina. Su vida se volcó a radicar denuncia tras denuncia, pero ninguna tuvo resultados concretos. “La Fiscalía decía: ‘Ay, pero tanta denuncia y no le ha pasado nada’”, cuenta. Con ayuda de cooperación internacional se exilió a Asturias (España) por seis meses, pero al regresar la situación no cambió. En una llamada le advirtieron que si no se iba la iban “a sacar picada en bolsas”. Su caso llegó al Comité Internacional de la Cruz Roja, que le informó que había serios indicios de que esas personas iban a pasar de la amenaza a la acción. “Ahí supe que yo quería morir de pulmonía, pero de plomonia no”.

En 2010 regresó a su tierra y se radicó en Manizales, donde siguió trabajando como defensora de derechos humanos. Nunca ha dejado de recibir amenazas. Hoy es la secretaria ejecutiva del CPDH (Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos), en la seccional Caldas. Desde allí, ejerce su activismo en contra de las violencias de género.

“Soy una mujer solitaria. Creo que una de las grandes cargas que nos dejó esta guerra y esta persecución contra los líderes y este genocidio contra la Unión Patriótica es que algunas mujeres estamos condenadas a la soledad –dice–. Pero sigo muy comprometida en mi lucha. A veces me dan ganas de descansar, pero los defensores de derechos humanos descansaremos cuando no seamos necesarios, cuando el país cambie y no nos necesite”.

Dice que sueña con un país en paz en el que “amar no nos cueste la vida”. Su mayor miedo como ciudadana: la repetición. Su mayor miedo como persona: morir sola. 



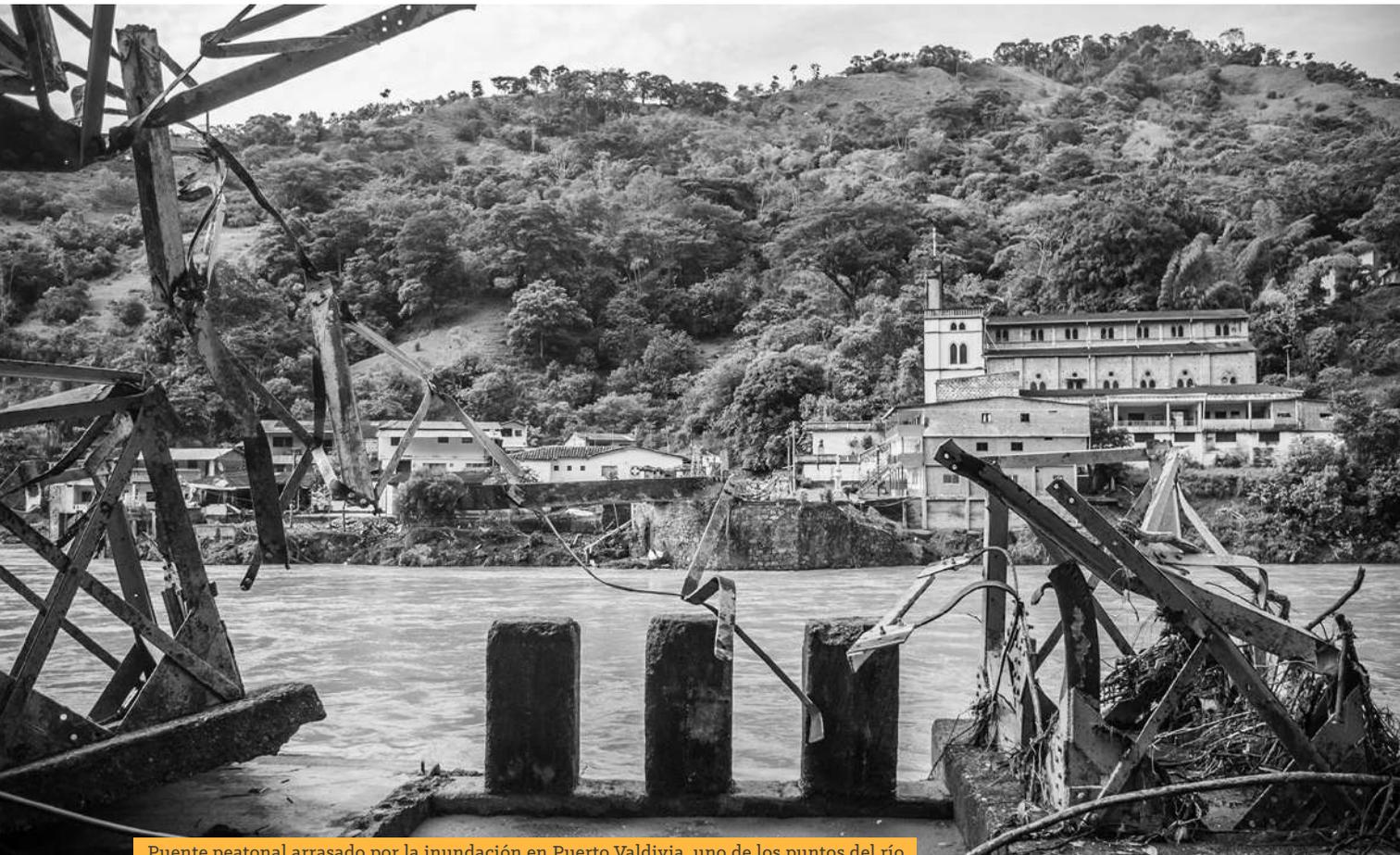
A la izquierda, una fotografía de Luis Alberto y María en Bogotá, en uno de esos domingos cuando la vida les daba un respiro y eran felices juntos. A la derecha, la dedicatoria de su hermano escrita con su puño y letra en la primera hoja del libro más preciado libro de la biblioteca de María.

MEMORIA

en río revuelto

Texto: Daniel Valencia, periodista del CNMH.
Fotografías: Tatiana Rodríguez Maldonado y
Lorna Bierman para el CNMH

Varias fosas comunes que dejó la violencia en el Norte y el bajo Cauca antioqueño, están hoy bajo las aguas del embalse de Hidroituango. En medio de amenazas y de muertes, los líderes del Movimiento Ríos Vivos Antioquia siguen esperando la respuesta de las autoridades a estas denuncias.



Puente peatonal arrasado por la inundación en Puerto Valdivia, uno de los puntos del río

Cauca más afectados por los problemas de Hidroituango. Fotografía: Tatiana Rodríguez

En 2017, ante el inminente llenado de la represa de Hidroituango y el riesgo de que quedara sepultada la memoria del territorio, el Movimiento Ríos Vivos Antioquia propuso realizar unos recorridos de reconstrucción de la memoria en lugares emblemáticos del Norte y el bajo Cauca antioqueño, con el acompañamiento del CNMH (Centro Nacional de Memoria Histórica). Hoy la recuperación de esos lugares, en homenaje a las víctimas, es prácticamente imposible.

Después de la emergencia ambiental y humanitaria que generó el crecimiento desenfrenado del río Cauca en abril pasado, se ordenó llenar el embalse de Hidroituango en el menor tiempo posible, por lo que muchos de esos lugares quedaron bajo el agua. La memoria está en grave peligro y los integrantes del Movimiento también. Tan solo este año dos de sus líderes han sido asesinados. Hay reclamos en muchos sentidos contra esta megaobra, pero quizá los más graves son las amenazas cotidianas a quienes se han opuesto al proyecto, y el hecho de que las víctimas de desaparición forzada que están en fosas comunes allí, vuelvan a desaparecer, esta vez sin ninguna esperanza de poder ser encontradas.

Para llegar al cañón del río Cauca, eje natural, económico y cultural que une a esta subregión antioqueña, hay que recorrer 170 kilómetros desde Medellín hacia el noroccidente de Antioquia. Por 30.000 pesos se compran cuatro horas de paisaje de montañas y selva en bus, como diría Gonzalo Arango. Aunque tiene una historia muy rica y recursos naturales privilegiados, esta parte del departamento ha sido visible por otros motivos: paramilitarismo, guerrillas, masacres, pobreza y, ahora, el peligro de un desastre natural de proporciones gigantescas causado por las fallas en Hidroituango, la que será una de las centrales hidroeléctricas más grandes de América Latina.

Según el Observatorio de Memoria y Conflicto del CNMH, el historial de violencia en esta región, entre 1996 y 2009, dejó 14 masacres y 1.029 personas desaparecidas en los 12 municipios que circundan el cañón del río Cauca.

Si el río hablara...



Los metales retorcidos son un recordatorio o un aviso de lo que puede ocurrir si no se controla el caudal del río Cauca, que causó la emergencia de abril pasado. Fotografía: Tatiana Rodríguez

Cuatro de los líderes del Movimiento Ríos Vivos Antioquia han sido asesinados. Ellos son:

Nelson Giraldo, el 17 de septiembre de 2013.

Robinson Mazo, el 30 de noviembre de 2013.

Hugo Albeiro George y su sobrino **Domar Egidio Zapata**, el 2 de mayo de 2018.

Luis Alberto Montoya, el 8 de mayo de 2018.

Todo el movimiento está amenazado de muerte, repiten sus miembros. “Hace poco vi a un policía que, mientras hacía el gesto de un gatillo con la mano, decía: ‘A los que son de Ríos Vivos los van a... vea’”, cuenta una de las líderes, cuyo nombre reservamos por su seguridad. Muchos de sus integrantes coinciden en que los estigmatizan por pertenecer a esta organización y hablan de presiones para recibir indemnizaciones que, dicen ellos, no compensan las pérdidas reales. En un artículo publicado el pasado 12 de junio por El Espectador, las EPM (Empresas Públicas de Medellín), responsables del proyecto, manifiestan su rechazo y preocupación por la vulneración de derechos a las comunidades, lamentan lo ocurrido y afirman que le solicitaron a la Fiscalía, a la Procuraduría y a la Defensoría, que investigara estos hechos y que proteja a la población.

Además de las amenazas, el principal reclamo de la comunidad es que varios lugares, donde se denunciaba la presencia de fosas comunes, ya están inundados. Y aseguran que en estas fosas no solo están los muertos del Noroccidente de Antioquia, sino también los de otras regiones que fueron arrastrados hasta allí por el río. Los líderes dicen que denunciaron esta situación ante la Fiscalía, la Procuraduría y la Defensoría del Pueblo, regional y nacional, pero no han recibido respuesta. Ante este reclamo, EPM ha dicho que son conscientes de “las problemáticas del conflicto armado presentes en la zona de influencia del proyecto hidroeléctrico Ituango” y que por esto, en 2013, hicieron un llamado a la Fiscalía para que “se diera celeridad a los procesos de investigación, búsqueda y exhumación de restos humanos” en la zona.

En abril pasado un grupo de 25 diputados del Parlamento Europeo le envió una carta al presidente Juan Manuel Santos, en la que le pidieron suspender el proyecto mientras se recuperan los muertos. El alcalde de Medellín, Federico Gutiérrez, respondió a

esa petición asegurando que “nueve de los eurodiputados que firman esta carta están relacionados con partidos de izquierda muy radical”. Una respuesta que contribuyó, aún más, a la estigmatización de los movimientos y líderes sociales de la región, quienes dicen sentir miedo de hacer sus denuncias públicas por la presencia de actores armados ilegales y porque los acusan de querer frenar el proyecto.

El 8 de mayo de 2018 la Fiscalía realizó en Medellín una audiencia pública con familiares de víctimas de desaparición. Allí, la entidad aseguró que investiga 502 casos de desaparición forzada ocurridos entre 2005 y 2017, de los cuales 495 están en indagación, tres en investigación y tres en juicio. Además señaló que desde 2014 ha exhumado en la región en donde actualmente está el proyecto de Hidroituango (doce municipios), 159 cuerpos. De estos, 85 ya fueron identificados y entregados a las familias. Se presume que quienes están enterrados allí pueden ser víctimas de los Frentes 18 y 36 de las FARC, del Bloque Mineros de las AUC y del Ejército.

Para la antropóloga forense del CNMH Helka Quevedo, el problema principal es el nudo y el corte en los canales de comunicación entre las instituciones, las organizaciones y las comunidades. Si hubiera un diálogo claro, que diera cuenta del estado del proceso de identificación de los cuerpos, y se investigaran las peticiones que han hecho familiares y líderes, podría conciliarse la situación y avanzar en la reparación simbólica y en la recuperación de los cuerpos.

A pesar de las respuestas de las diferentes instituciones, persiste la insatisfacción en la comunidad y el sentimiento de que no se hace lo suficiente y se oculta información. No solo la memoria existente está en riesgo, también la posibilidad de construir nuevas memorias y de sanar viejas heridas. 

Arroz y sopa. Mujeres barequeras preparan almuerzos para las habitantes de las riberas del río Cauca que tuvieron que abandonar sus casas en la emergencia de abril pasado y se refugiaron en Sabanalarga (Antioquia).
Fotografía: Lorna Bierman.



Batea con un "rial" de oro.
El barequeo es un oficio ancestral del cual depende la mayoría de habitantes de las áreas circundantes al río Cauca.
Fotografía: Daniel Valencia.

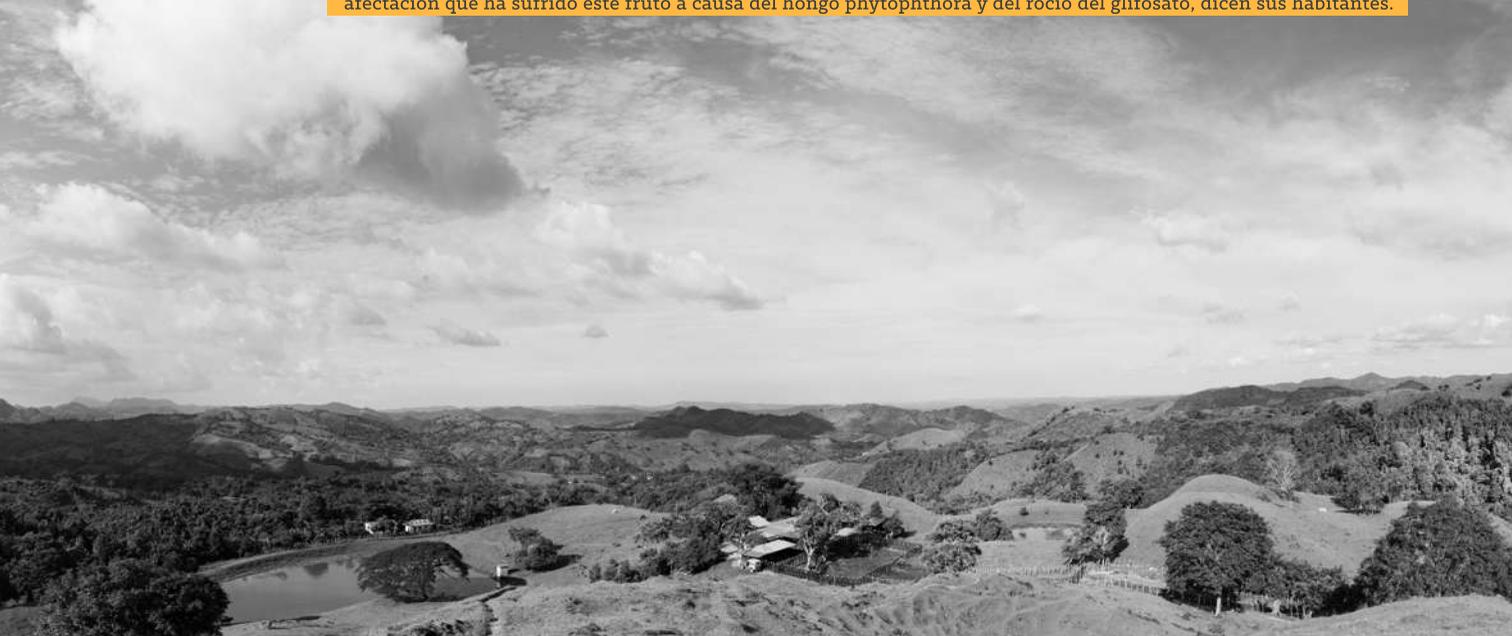


La lucha de los campesinos de la Alta Montaña por su “oro verde”

Texto y Fotografías: Harold García y Daniel Sarmiento para el CNMH.

En el Carmen de Bolívar la guerra arrasó con comunidades enteras y también con el principal sustento de esta región: el aguacate. Hoy los campesinos siguen trabajando por regresar a esos años de bonanza y recuperar lo que el conflicto les arrebató.

En esta panorámica se ve parte de las veredas que conforman la Alta Montaña. El color amarillo de los árboles de aguacate refleja la afectación que ha sufrido este fruto a causa del hongo *phytophthora* y del rocío del glifosato, dicen sus habitantes.



En la zona de la Alta Montaña del municipio del Carmen de Bolívar (Bolívar) hubo unos años de bonanza del aguacate que pasaron a la historia como la “época del oro verde”. Pero a finales de los noventa y principios de los dos mil llegaron dos males que, según la comunidad, arrasaron con este fruto: las fumigaciones con glifosato, que pretendían acabar con los cultivos ilícitos, y la expansión del hongo *phytophthora*.

Donde alguna vez hubo abundancia de esta semilla, y árboles tupidos de más de 10 metros, ahora se ven troncos esqueléticos y desolados. Desde entonces, los habitantes de la región se han organizado para tratar de mantener viva esta planta tradicional de la región. Pero también, para reconstruir lo que le guerra les quitó. ¿Lo han logrado?

Para responder a esa pregunta viajamos a la Alta Montaña. En el centro del pueblo, Carmen de Bolívar, nos subimos a un *jeep* que nos llevó al corregimiento de Raizal. Con un tosco motor, cuyo sonido contrastaba con la tranquilidad del recorrido, el canto de los pájaros y un sol de más de 25 grados, llegamos a uno de los 13 corregimientos de la Alta Montaña, donde se encontraban más de 40 líderes del Comité de la Alta Montaña.

Se reúnen el segundo lunes de cada mes para discutir sobre las problemáticas de sus comunidades: vías, escuelas, educación, cultivos. De allí ha salido de idea de movilizarse, como lo han hecho tantas veces, para exigirle al Gobierno garantías de seguridad y alternativas para los procesos de siembra que hay en la región. Si hay que poner un ejemplo de una comunidad organizada, podríamos hablar de la guardia indígena y los campesinos de la Alta Montaña.

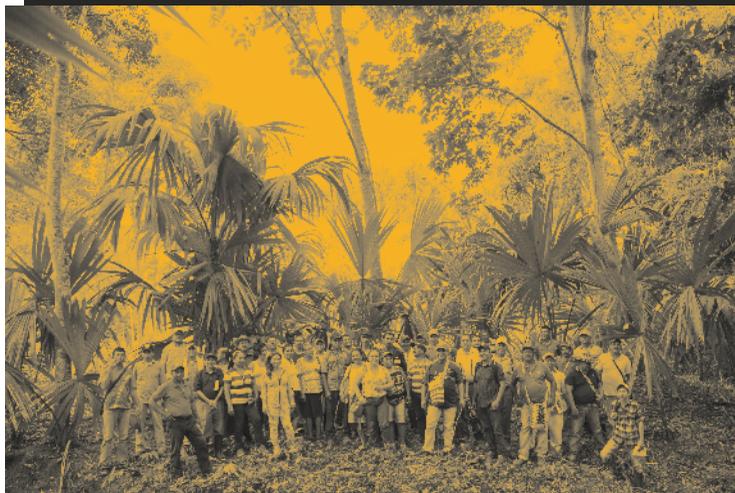
En abril de 2013 se unieron para realizar una movilización que reunió a cerca de cuatro mil campesinos quienes, de forma pacífica, instalaron unas mesas de negociación con el Gobierno nacional. Su objetivo era presentar el balance de las deudas históricas que el Estado tenía con ellos, y lograr compromisos para que el Gobierno les garantizara sus derechos y condiciones para una vida digna, incluyendo la reparación integral a las víctimas del conflicto armado.

Allí conocimos a David Martínez y a Domingo Rafael Díaz, dos líderes que se la han jugado por revivir “la época del oro verde”.

Allí conocimos a David Martínez y a Domingo Rafael Díaz, dos líderes que se la han jugado por revivir “la época del oro verde”.



Los integrantes del Comité de la Alta Montaña caminan hacia Raizal, donde se reúnen mensualmente. Algunos tienen que viajar hasta dos días para llegar allí.



El centro de los encuentros del Comité de la Alta Montaña son las escuelas, las carreteras, la salud y los proyectos productivos. Aquí, el equipo completo.



En ocasiones la carretera que deben recorrer los miembros del Comité de la Alta Montaña para reunirse, se vuelve intransitable por la lluvia. Pero ellos se las arreglan para poder movilizarse.

La Zarza

En la vereda La Zarza, en la cúspide de una pequeña montaña, se encuentra la casa de David Martínez, líder y representante de esta vereda ante el consejo de campesinos de La Alta Montaña. David se mece en una silla de cables mientras mira cómo sus hijos entrenan unos gallos de pelea. Suspira y se dispone a conversar sobre ese pasado de abundancia, y cuenta:

Cuando había cosecha usted alcanzaba a ver hasta 200 camiones cargados de aguacate, la gente por todo lado le convidaba cosas, había apostadores en cada esquina y gente contenta... Ahora, de vez en cuando, suben como doce camiones por mango y ñame.

Después de diez años sin producir aguacate esta comunidad sigue trabajando para revivir esa bonanza.

David se hizo líder porque sus vecinos lo buscaban para confiarle sus problemas, para pedirle consejos, para que les sirviera de guía. En La Zarza su casa es como una sala comunitaria: en cualquier momento llega un vecino a conversar o a sentarse a ver televisión.

Acá en la sala de mi casa dejo libros de interés social para que la gente los mire. En las noches socializamos los textos y los proyectos del consejo. Así la comunidad se está uniendo cada vez más para echar pa' lante.

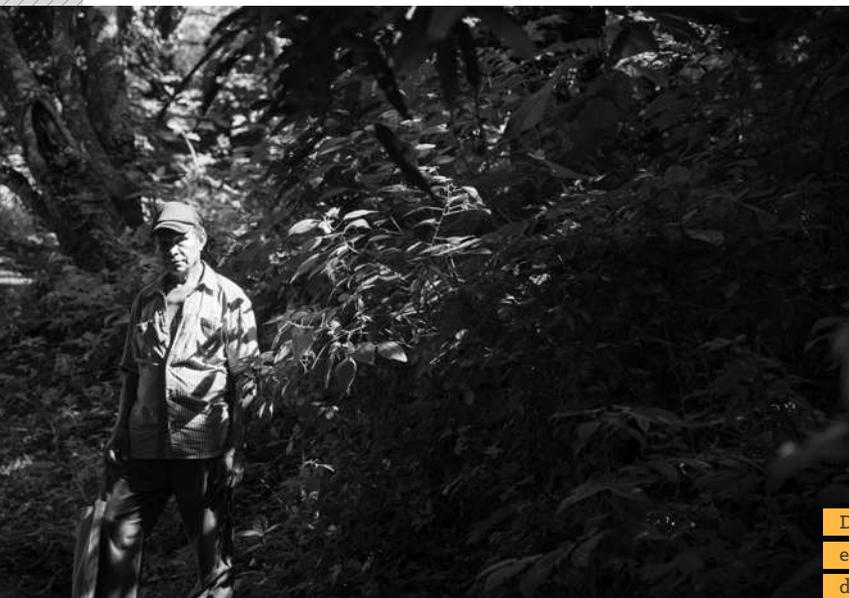
Una vez al mes, David camina unas seis horas para asistir a la reunión de líderes del consejo, con una libreta de apuntes y un celular que solo le sirve para recibir llamadas. “Los pelaos míos ya salieron de estudiar y quieren vivir de los gallos... Eso a mí no me gusta, después de que vinieron los paramilitares fue que se empezó a ver galleiras por todas partes”.

El conflicto armado, que llegó a esa región hacia 1997, lo obligó a desplazarse con su familia dos veces. La primera vez, por temor a las FARC que utilizaba como arma las extorsiones, los secuestros y el cobro de vacunas a los campesinos y a los hacendados de la Alta Montaña; con ellos llegaron también los bombardeos.

Llegar a la ciudad fue tan difícil, tan agotador, que prefirieron volver a la vereda. Cuando retornaron encontraron un lugar irreconocible, pese a haber vivido toda la vida en los montes marianos. Las trochas estaban atrincheradas, las paredes estaban recubiertas de grafitis de las FARC y el EPL (Ejército Popular de Liberación) y había cordones militarizados para llegar a las veredas. Una vez lograron llegar a su casa, se encontraron con que sus familiares y amigos también habían abandonado el territorio; incluso, había animales de crianza perdidos en el monte buscando comida. Al poco tiempo decidieron desplazarse nuevamente a la ciudad.

David decidió regresar por su comunidad. Le pidieron que fuera su vocero, que los representara, y no pudo negarse. “Cuando salgo a esas reuniones saludo más que caminar”, dice.

David Martínez hace una pausa y toma este camino para evadir el sol mientras llega a la reunión mensual de líderes y lideresas de la alta montaña de Montes de María.



Tierra Grata

Hay lugares de los Montes de María –pocos–, donde aún se conservan algunas plantas de aguacate, como la vereda Tierra Grata, del corregimiento de San Carlos. En este punto vive Domingo Rafael Díaz, representante de su vereda en el Comité de la Alta Montaña, quien conserva en su finca algunos árboles de esta planta que cuida con recelo. Los limpia, les quita las hojas inservibles y los poda para protegerlos. Dice que el aguacate era el fruto sagrado de la región, pero un virus y el glifosato han acabado poco a poco con este fruto. “Acá todo era aguacate... ahora solo unos pocos tenemos y no queremos dejarlo morir. Esa es nuestra economía”.

Domingo llegó a la Alta Montaña cuando tenía 8 años. Hoy tiene 51. Vive en una

casa humilde que en la parte de atrás tiene cultivos “tutifruti”, como él dice, por la variedad de sembrados.

Domingo cuenta que a la mayoría de los habitantes de la Alta Montaña los desplazó la violencia, y al regresar sus tierras no eran las mismas: “El glifosato las había acabado”. Esta región, donde se escucha el cantar de los pájaros y el correr de los micos, fue el escenario de cruentas batallas entre paramilitares, Ejército y guerrilla. “Cuando no escuchábamos los disparos de los grupos armados nos asustábamos, ya era común escuchar bala acá todos los días”, dice con tono irónico, mientras camina por los cultivos de aguacate de su finca.

Esas plantas de aguacate son un símbolo de la resistencia y del trabajo de la comunidad por reconstruir lo que arrasó la guerra. Domingo dice que lo han logrado “trabajando unidos, sin abandonarnos y compartiendo lo que tenemos”. Y aunque la “época del oro verde” no ha regresado, ellos no se dan por vencidos. 



A pesar de que la guerra intentó sacarlo, Domingo Rafael Díaz retornó a Tierra Grata para revivir y proteger sus plantas de aguacate.



Comadronas, parteras y sabedoras tradicionales han sostenido el conocimiento milenario de los afrocolombianos e indígenas sobre plantas medicinales, que todos los días rescatan y protegen vidas en Buenaventura.

Sanar en el comadreo

Por: Rossih Amira Martínez Sinisterra.

Fotos: María Paula Durán para el CNMH.

Las mujeres de la Red Mariposas de Alas Nuevas de Buenaventura, crearon su propia manera para luchar contra las violencias de género: combinan el acompañamiento jurídico con prácticas espirituales afros e indígenas.

En la costa Pacífica colombiana se alza el territorio ancestral de Buenaventura: una ciudad inundada por la brisa marina que se mimetiza entre las resistencias culturales, políticas y económicas de una área atravesada por las demandas del comercio internacional; una ciudad anclada en la gran región de la cuenca del Pacífico global. En sus calles, que desembocan en esteros o grandes lagunas de agua salada, transita con determinación el eco murmulante de las mujeres negras-afrocolombianas e indígenas agrupadas en la Red Mariposas de Alas Nuevas Construyendo futuro.

Este grupo de lideresas se unió para proteger a otras, en medio de las obstinadas y horrorosas formas de violencia que los grupos armados han ejercido sobre sus cuerpos y sus vidas. En específico, cuando de violencia sexual se trata, algunas mujeres sobrevivientes exponen: “Antes a una mujer la violaban, pero ahora la violan, le cortan no sé qué, le meten no sé qué, la matan, la desaparecen, la desplazan. Cada día es más horroroso para que las mujeres cedan más”. Este testimonio de una mujer afro de Buenaventura fue recogido por el informe sobre violencia sexual *La guerra inscrita en el cuerpo*, del Centro Nacional de Memoria Histórica (2017).

La Red Mariposas de Alas Nuevas está conformada mayoritariamente por mujeres negras-afrocolombianas e indígenas, que han atravesado las múltiples barreras invisibles impuestas por los grupos paramilitares para salvar las vidas de mujeres y niñas. Y para ayudar a levantarse a aquellas que fueron violentadas y ultrajadas por los armados. Entre mayo y agosto de 2017 se registraron en Buenaventura 103 casos de violencia sexual, según el último *Informe estadístico sobre violencia sexual y violencias basadas en género*, de la Mesa Intersectorial contra las Violencias de Género que nació hace siete años en esa ciudad.

Frente a la crudeza de esta realidad, las mujeres afrocolombianas, organizadas como sus ancestras, acuden a estrategias cimarronas para crear espacios libres y seguros. En medio de prácticas como espirales y lunadas elaboran y recuperan la cultura, reconstruyen el tejido social, comunitario y psico-espiritual, que heredaron en la Diáspora Africana y del conocimiento ancestral indígena.

Esta red enaltece la fuerza de los saberes enraizados en sus comunidades y en su memoria histórica de resistencia y, al mismo tiempo, conversa con las rutas de atención institucionales. Sin embargo, ellas sostienen que esas rutas son insuficientes. “Por eso resistimos entre nosotras, con nuestros espacios de sanación en el territorio colectivo y espiritual”, señala Mariana*, sobreviviente del conflicto armado e integrante de la Red Mariposas.

Para hablar de la lucha contra la violencia sexual en contextos donde habitan mayoritariamente pueblos afrodescendientes, hay que darle profundidad temporal a la memoria histórica. Solo así, es posible comprender que las personas pertenecientes a la Diáspora Africana en Colombia, particularmente las mujeres negras-afrodescendientes, contienen la memoria genética de siglos de lucha contra la violencia sexual perpetuada por esclavistas blancos españoles. Históricamente, esta violencia ha intentado acallar y esclavizar a cuerpos con pieles color ébano, a las disidencias del sexo asignado y a quienes acuerpan sus orígenes en la época precolombina.

Las mujeres de la Red Mariposas de Alas Nuevas aseguran que el racismo y el machismo son la base de las violencias de género. “Los jefes [de los grupos armados] son blancos que trajeron toda esa violencia a nuestros territorios”, dice Jacinta*, integrante de la Red, quien cuenta con tristeza e indignación la historia de su hija, quien fue violada por los paramilitares en una zona rural de Buenaventura. “La justificación de muchos para abusar, es que la mujer negra es arrecha”, dice Safira*, otra integrante de este grupo, también víctima de violencia sexual.

La Red promueve un pacto de autoprotección que reza: “Por lo que yo pasé, que no pasen otras”; una frase que opera como una especie de protección comunitaria. Para explicar cómo funciona la organización dicen que son un espiral horizontal para tomar decisiones, para caminar, para luchar, para volar juntas, para contagiar a otras; para construir lo que ellas denominan “el efecto mariposa”.

“Me volví autónoma, mi voz vale, ¡nadie puede venir a pisotearme porque yo valgo!”, dice una adolescente que hace parte de la escuela de formación de la Red. En la misma línea una mujer transexual señala que “uno llega aquí y no se siente sola, una se siente en familia y aquí una no es juzgada”.

Las mujeres Negras, Afrodescendientes, Indígenas, Transexuales, jóvenes y adultas mayores, que conforman la Red Mariposas de Alas Nuevas, danzan para sanar dialogando en el comadreo. Como lo exponen ellas: “yo te cuento y tú me cuentas”. Pero también danzan alrededor de plantas, flores y mán-dalas rodeadas por velas con los siete colores de las potencias del panteón Yoruba, para recargar la energía. Ellas invocan a sus ancestralidades para que sus caminos sigan siendo iluminados y sus voces no se callen, para la protección de su humanidad, para que otras tengan siempre a donde llegar y para que sus heridas puedan no sólo cicatrizar sino también transformar a otras.

***Todos los nombres de las integrantes fueron cambiados para proteger su identidad.** 

La diversidad y el respeto por el conocimiento propio son las grandes fortalezas de la Red Mariposas de Alas Nuevas. Las velas coloridas que sostienen representan las siete potencias del panteón Yoruba, una creencia procedente de África que siempre está presente en la apertura de sus actividades.



En este ritual, las mujeres juntan sus manos sobre la cabeza de una de sus compañeras, con el propósito de sentirse acogidas y protegidas, y con la misión de continuar expandiendo la protección a otras de Buenaventura y el Pacífico.



El palosanto encendido entre flores, hierbas y velas convoca los saberes ancestrales para la protección y la sanación del dolor.



Seguimos aquí a pesar de lo que nos han hecho

Texto: Reina Lucía Valencia, periodista Dirección de Acuerdos de la Verdad del CNMH.
Fotos: José Alirio Duque y Reina Lucía Valencia para el CNMH.

Otoniel Cupitra y otros miembros de la Asociación de Cabildos Indígenas del Tolima, cuentan cómo los indígenas del sur de este departamento sobrevivieron a un inminente exterminio a manos de los paramilitares. Son casi 26.000 indígenas unidos en defensa de la vida, la tierra y su cultura.

El paramilitarismo casi arrasa con la ACIT (Asociación de Cabildos Indígenas del Tolima). El Bloque Tolima de este grupo armado ilegal, que controlaba la zona indígena del sur del departamento, asesinó a por lo menos 150 indígenas entre 2001 y 2003 y desplazó a unas 800 familias, según la Defensoría del Pueblo.

Incluso, el informe *De los grupos precursores al Bloque Tolima (AUC)*, publicado en 2017 por la Dirección de Acuerdos de la Verdad del Centro Nacional de Memoria Histórica, señala que el 60 por ciento de los homicidios, el 88 por ciento de las desapariciones forzadas y el 80 por ciento de las masacres cometidas por este Bloque, recayeron en la ACIT. “Estas cifras reflejan la dimensión de la violencia ejercida contra esta organización indígena que podría catalogarse como exterminio o etnocidio”, señala la investigación.

Ante la gravedad de estos daños, en 2003 la Corte Interamericana de Derechos Humanos ordenó medidas cautelares para proteger a los miembros de la Asociación. Y seis años después la Corte Constitucional se pronun-





Conmemoración de los 24 años de registro de la Asociación de Cabildos Indígenas del Tolima (ACIT), en la Dirección General de Asuntos Indígenas del Ministerio del Interior. Fue la segunda organización inscrita en el país con 16 comunidades. Coyaima, Tolima, 9 de Mayo del 2018. Foto: Reina Lucía Valencia para el CNMH.

ció y denunció que algunos pueblos indígenas del país habían sido víctimas de gravísimas violaciones del Derecho Internacional Humanitario, y que estaban en peligro de ser exterminados (cultural o físicamente) por el conflicto armado interno.

Esta zona del sur del Tolima fue blanco de distintos grupos armados legales e ilegales: en los años noventa las FARC aumentaron su presencia y acciones de control, y en 2001 llegaron los paramilitares.

En este contexto de violencia, la resistencia y la organización del Pueblo Pijao han sido fundamentales para defender la vida, el territorio y las reivindicaciones socioeconómicas. Esa ha sido la misión de la Asociación de Cabildos Indígenas del Tolima desde que nació en 1993, tomando como referente de iden-

idad al Cacique Calarcá, quien dirigió la resistencia indígena ante la Corona Española. La asociación está integrada por 57 cabildos y resguardos de Tolima, Cundinamarca y Bogotá. En total son 26.000 indígenas.

“Todos tenemos una pieza fundamental en este trabajo organizativo y político... gracias a nuestros fundadores, a los antiguos y a quienes han dado sus vidas es que hoy estamos acá, en este proceso”, dice Edwin Alexander Henao Conde, secretario de la ACIT.

Rosendo Alape sostiene la foto de su hija María Lorena, quien fue secuestrada en 2002 por los paramilitares en la vereda Chenche Balsillas, del municipio de Coyaima (Tolima). Días después, María apareció muerta y vestida de guerrillera, pero debajo del camuflado conservaba la ropa que llevaba el día de su desaparición. Foto: José Alirio Duque para el CNMH.



Algunos se hacen pero otros nacen en la resistencia, como Alejandra Pamo, vicepresidente la Asociación. “Desde los seis años mi papá me llevaba a las marchas y a los paros. Usted nace y ya viene con las ideas de la ACIT. Nosotros como ACIT jamás hemos tenido una política cambiante. Somos los que somos desde que se constituyó”, cuenta.

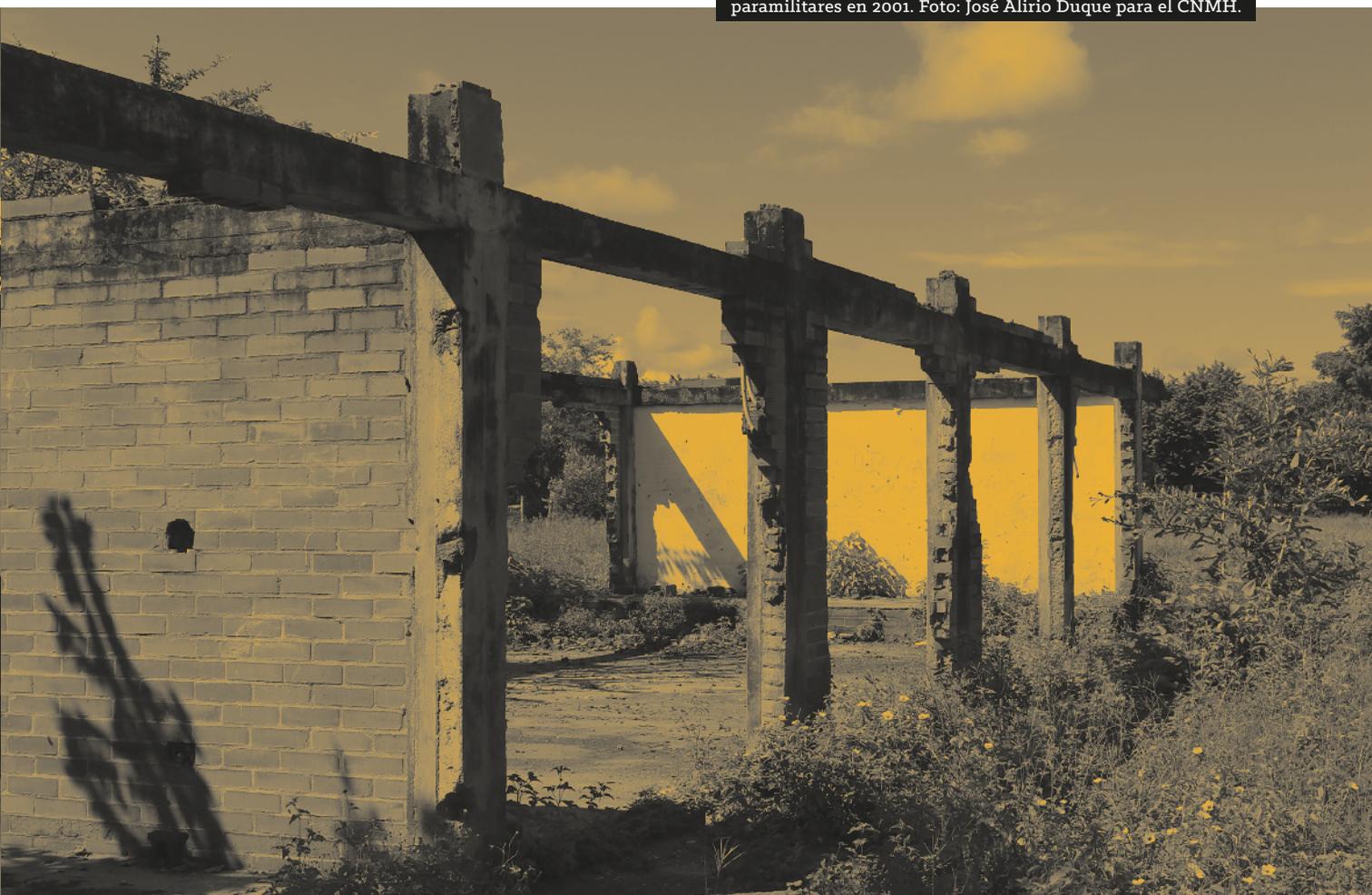
Se resiste con las ideas pero también manteniéndose en el territorio. “Seguimos aquí en el territorio a pesar de lo que nos han hecho”, dice Otoniel Cupitra, gobernador del Cabildo de Guayaquil. “Cuando estaban las AUC nos tocó ir a hacer reuniones a otras partes. Nosotros que hemos vivido las

pérdidas de los compañeros seguimos resistiendo y protegiendo nuestras tierras”.

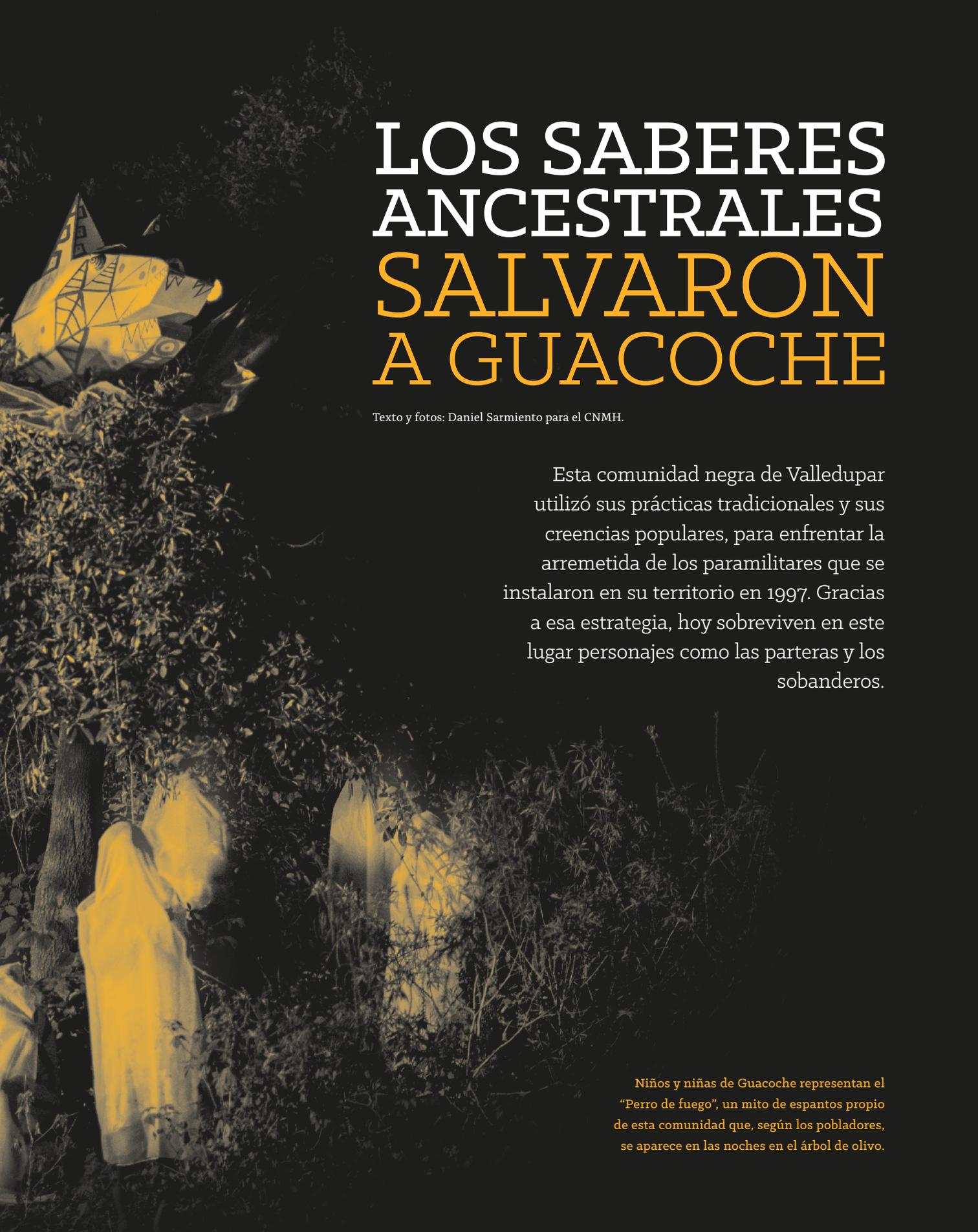
Los paramilitares intentaron acabar con todas las formas organizativas de los indígenas en el sur del Tolima. Darío Botache, presidente de la ACIT, cuenta que en 2001 grupos paramilitares destruyeron la sede de la asociación, porque no compartían sus ideas de recuperación de los territorios. Por eso su principal reto ha sido la construcción de la paz. “La tranquilidad y la paz es uno de los principios fundamentales para la vivencia de los pueblos pijao”, como dice Ancízar Ibarra, fundador de la ACIT.

Y lo han logrado, según Orlando Pamo, fundador de la Asociación, soportándose en lo colectivo y en la cultura propia. Sirviendo de articulación entre todas las organizaciones. O, como él afirma, siendo el cordón umbilical de las comunidades. 

Sede de la ACIT en Natagaima (Tolima), atacada por los paramilitares en 2001. Foto: José Alirio Duque para el CNMH.







LOS SABERES ANCESTRALES SALVARON A GUACOICHE

Texto y fotos: Daniel Sarmiento para el CNMH.

Esta comunidad negra de Valledupar utilizó sus prácticas tradicionales y sus creencias populares, para enfrentar la arremetida de los paramilitares que se instalaron en su territorio en 1997. Gracias a esa estrategia, hoy sobreviven en este lugar personajes como las parteras y los sobanderos.

Niños y niñas de Guacoiche representan el “Perro de fuego”, un mito de espantos propio de esta comunidad que, según los pobladores, se aparece en las noches en el árbol de olivo.

Entre los corregimientos de Guacoche y Guacochito, en Valledupar, hay un monte espeso: un lindero que, según los relatos populares, está habitado por espíritus que asustan a niños y jóvenes que transitan por allí para ir a jugar fútbol o a bañarse en el río Cesar. Aunque desde 1997, con la llegada y asentamiento del Bloque Norte de las AUC (Autodefensas Unidas de Colombia), los habitantes de esta región empezaron a evitar cualquier actividad que implicara estar afuera, expuesto.

Carlos Rondón Rondón, uno de los líderes del Consejo Comunal Cardonales de Guacoche, cantautor y ganador del concurso local de piquería –un duelo de intérpretes vallenatos– le canta así a esos espectros de la noche: *Encontré triste los higuitos porque ya no está*

el señor Colacho/ me cuentan que a Chamelito ya no se le ve borracho/ ya no se le escucha el grito ¡que viva el padre de Pasto!/ Quiero saber si hay muchachos que aún temen a los espantos/ y la mano pelúa en el río...

Esas historias de tradición oral le sirvieron durante mucho tiempo a la comunidad para cuidar a los más pequeños. Los adultos las utilizaban para mantener a los niños alejados de los caminos, que empezaron a ser transitados por los paramilitares.

“Cuando niño había un nerviosismo total para llegar hasta el pueblo vecino... El transporte se hacía a pie... Siempre se ha dicho que se aparece un perro grande y una mujer vestida de blanco que se lleva a los niños... Se decía que si uno después de pasar el olivo miraba pa'trás, uno veía al

Los adultos que crecieron con el mito del “Perro de fuego” todavía le tienen respeto a esta figura, que aquí representa a una niña de la comunidad.



'aparato' y se desmayaba. Con ese cuento los padres de uno lo asustaban para no ir por allá, donde estaban los paras", cuenta Carlos Rondón Rondón.

Inicialmente este territorio, al norte de Colombia, estuvo ocupado por los indígenas Chimilas, quienes le dieron el nombre de Guacoche que significa "agua turbia". En tiempos de la Colonia, negros, cimarrones y palenqueros fugitivos, llegaron hasta allí huyendo de la esclavitud. Y desde entonces son mayoría. Hoy la comunidad de Guacoche se reconoce, en su totalidad, como pueblo negro.

De este sincretismo sobresale la elaboración de las tinajas: artesanías originarias de los indígenas Chimilas que luego fueron perfeccionadas por las mujeres guacocheras. Hoy son un símbolo de su lucha.



A mediados de los años noventa los paleros abandonaron esta práctica tradicional porque empezaron a temer por su vida. Por esos años la gente se refugiaba en el río para protegerse de los enfrentamientos entre grupos armados.

Líderes y lideresas del consejo comunitario de Cardonales de Guacoche sostienen tinajas hechas con su propia tierra: un símbolo de su resistencia.



Con la llegada de la guerra, la vida cotidiana de Guacoche se transformó por completo. Los paramilitares empezaron a monopolizar las actividades económicas del municipio y sus alrededores: cobraban vacuna para entrar al río y sacar arena, y lo mismo hacían con los carros particulares y de carga que transitaban por allí. Entre 1997 y 2006 los guacocheños no podían hacer reuniones sociales. Ni siquiera era permitido que más de cuatro personas estuvieran juntas en una casa, porque una comunidad unida y organizada era una amenaza para los armados.

Nadie volvió al centro del pueblo, lo que acabó con el negocio de las artesanías. No era permitido velar a los muertos. Las mujeres eran obligadas a realizar labores como barrer las calles o limpiar la hierba mala de los jardines, y muchas veces fueron sometidas a

actos violentos y humillantes, como raparles la cabeza en público o agredirlas delante de toda la comunidad. También se presentaron casos de raptos.

Cualquier miembro del Comité Comunal Cardonales de Guacoche empieza a narrar este difícil episodio de su historia, con el asesinato del líder Argemiro Quiroz en 1997, el mismo año de la primera incursión paramilitar en esa zona. Argemiro luchó por la unión y la autonomía territorial de Guacoche, y también por resaltar los saberes ancestrales de su comunidad. Los pobladores de Guacoche cuentan innumerables anécdotas protagonizadas por 'Miró', como lo llaman algunos. Dicen que era el vecino ideal, el hermano indispensable, el tío de todos los niños, el que nunca decía "no".



Doña Emma Churio es un pilar de la comunidad de Guacoche. Se ha encargado de guardar los recordatorios de cada velorio para no olvidar y para orar por las ánimas que aún no pueden descansar.



Como una forma de hacerle un homenaje y recordarlo, la comunidad sembró una ceiba en el lugar preciso en el que los paramilitares mataron al líder Argemiro Quiroz y a Omar Francisco Castillo, un habitante del pueblo que fue asesinado junto a él.

En medio de los embates de la guerra, los líderes y lideresas de Guacoche se han empeñado en practicar sus saberes ancestrales y sus tradiciones, y transmitirlos como lo dictan sus leyes. En ocasiones, dicen ellos, hay una “persona elegida” para esa misión. Gracias a esto, hoy sobreviven las parteras, los sobanderos –quienes atendían a los enfermos, sin importar el bando al que pertenecían–, los botánicos –que recogían hierbas con propiedades curativas, acompañados de varios discípulos– y los rezanderos

–que erradicaban plagas de los cultivos sin pedir un peso a cambio–.

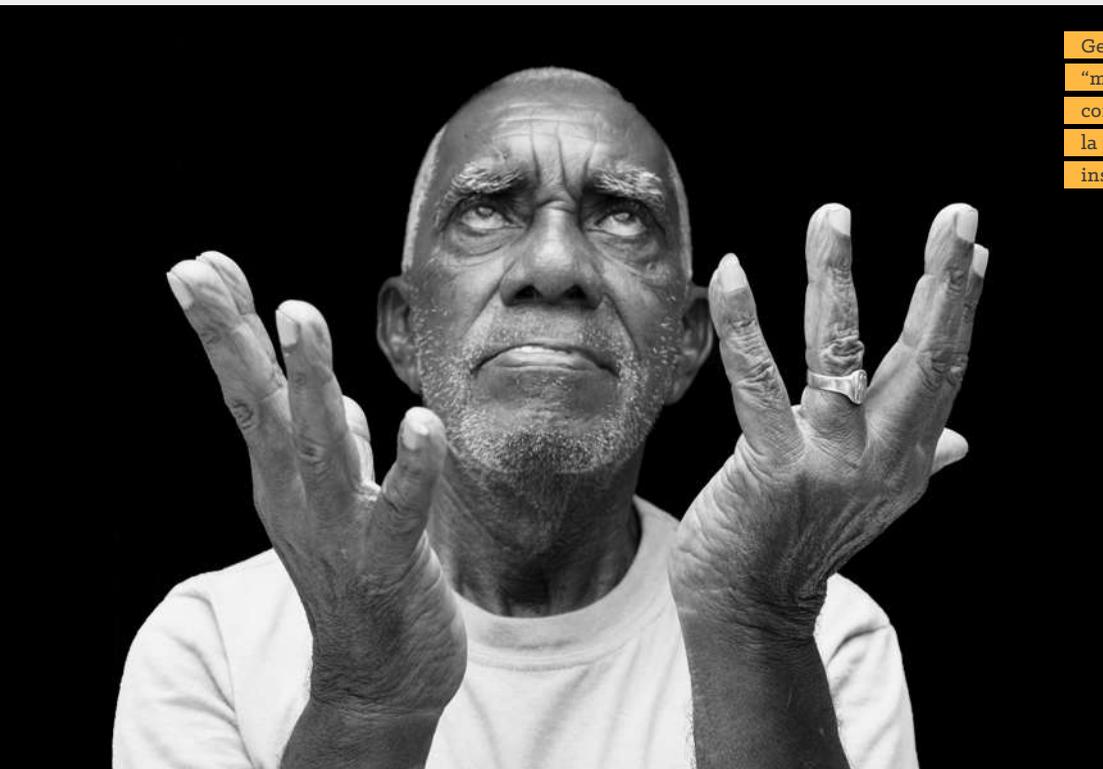
Hoy Guacoche es un caso emblemático de reparación simbólica y ha obtenido varios reconocimientos. Aldo Ibarra, vicepresidente del Consejo Comunitario Los Cardonales, dice orgulloso que este “es el primer Plan de Reparación Integral que se realiza en el país con las comunidades afrodescendientes”. El rescate de sus creencias y saberes ancestrales (unido a un plan de reparación colectiva que contempla un proceso de restitución de tierras, que todavía continúa, y la atención psicosocial a la población) no solo ha sido su salvación, sino que lo han convertido en un modelo reconocido internacionalmente.



A la izquierda, Argemiro Quiroz padre, y a la derecha, Argemiro hijo. Para los guacochoeros Argemiro Quiroz vive a través de su hijo, quien también es líder y, como abogado, ha luchado por el reconocimiento de su comunidad como un territorio afro.



Don Víctor es el curandero de Guacoche. Antes de sanar la mordedura de una culebra o la hinchazón por un ciempiés, hace un rezo secreto a las plantas sanadoras.



Germán es el sobandero. Sus famosos "masajes milagrosos" comienzan con un rezo a Dios. "Yo pido que si la persona se levanta sea para ser un instrumento del ser supremo", dice.

Alfredo es el rezandero. Aunque hoy padece un terrible mal en sus huesos, aún camina kilómetros para llegar a los cultivos con plagas por erradicar. Caminar a su lado es escuchar gratos saludos y agradecimientos.



Elvia es la partera. Por sus manos han pasado más de 90 bebés sanos y fuertes. En Guacoche algunos la saludan diciéndole mamá.



Diego es el botánico. Tiene varios discípulos, quienes recolectan y siembran plantas bajo su supervisión. Hoy en día están elaborando un vademécum (o catálogo) de plantas ancestrales con todos los sabedores de Guacoche.



Gerson Acosta: el águila del resguardo *Kitek Kiwe*

Por: Jairo Ortegón Suárez y Esteban Londoño Muñoz, investigadores del CNMH.

Fotos: Daniel Sarmiento para el CNMH.

Esta comunidad, constituida actualmente como resguardo en zona rural de Timbío (Cauca), fue víctima de una masacre perpetrada en 2001 por los paramilitares del Bloque Calima, y en 2017 fue asesinado uno de sus líderes más importantes: Gerson Acosta. Estos hechos llevaron a que los liderazgos de hombres y mujeres se multiplicaran. Esta es su manera de protegerse y de defender su Plan de Vida.



María Eugenia Vergara, U'ythe Ne'j Wesx, sostiene el retrato de su esposo. Sobre su rostro se proyecta el águila, animal que simboliza las cualidades y el legado del mayor Gerson.

Cada vez que Luis Fernando Campo, un líder del resguardo Kitek Kiwe, ubicado en la zona rural de Timbío empieza a contar la historia de su comunidad, quienes se encuentran cerca abandonan sus quehaceres para rodearlo y escucharlo. Algunos toman sillas de plástico y se aproximan a él para no perderse una sola palabra. Otros permanecen recostados sobre alguna viga de madera de la escuela, o sentados más lejos, en troncos que fueron ensamblados en forma de bancas rústicas sobre la tierra. Súbitamente, en el resguardo, el bullicio habitual de las risas y de los chistes se detiene.

En esta ocasión el silencio también se debe a que ‘Luchín’ –como le dicen todos en el resguardo– está hablando sobre uno de los momentos más difíciles de la historia reciente de la comunidad: el asesinato del mayor Gerson Acosta. Este crimen fue cometido el 19 de abril de 2017 y, según algunas organizaciones sociales y medios de comunicación, pudo haber tenido relación con el trabajo que realizaba como defensor de derechos humanos y como representante de las víctimas de la masacre de El Naya; es decir, aquella que los paramilitares del Bloque Calima perpetraron en 2001 en las veredas Pueblo Nuevo Ceral, San Antonio, Cerro Azul y la región del Alto Naya (ubicada entre los departamentos del Cauca y Valle del Cauca). Fue a causa de esta masacre que estas comunidades tuvieron que desplazarse forzosamente a Timba y a Tóez, y luego verse obligados a vivir en la plaza de toros de Santander de Quilichao entre 2001 y 2004.

Aunque esa fue una de las épocas más difíciles para estas comunidades, también fue el momento en el que empezaron a demostrar su capacidad de resistencia. En ese entonces conformaron la Asocaidena (Asociación de Campesinos e Indígenas Desplazados de El Naya) e interpusieron una acción de tutela para conseguir un territorio digno para vivir. Ese sueño por fin se concretó en 2004, cuando el Instituto Colombiano de Desarrollo Rural les adjudicó una finca ubicada en la zona rural de Timbío. Algunas de las personas que lideraron esta reivindicación fueron Jorge Humberto Salazar, Enrique Güetio, Leandro

Güetio y Olmes Henríquez Fernández. Ellos y sus luchas fueron inspiración y ejemplo para que Gerson Acosta continuara formándose como líder del resguardo Kitek Kiwe.

‘Luchín’ dice que los catorce años de amistad que compartió con Gerson fueron pocos para conocerlo, pues él era un sabedor del que no paraba de aprender. Sin embargo, durante ese tiempo pudo advertir que su forma de liderar era totalmente opuesta al egoísmo pues el mayor Gerson afirmaba que ese era el germen de la corrupción en el país. En cambio, él insistía en la humildad y cada logro conseguido lo entendía siempre como un triunfo colectivo. ‘Luchín’ recuerda que en todas las reuniones a las que lo acompañó, nunca lo escuchó hablar a título personal sino a nombre de toda la comunidad. “Nunca diga ‘yo lo hice’. En cambio, siempre diga ‘nosotros lo hicimos’”, le repetía el mayor una y otra vez.

Quizás la mejor manera de ver reflejado el trabajo mancomunado que Gerson siempre alentaba en su comunidad sea el mural que pintaron entre todos en el resguardo. Allí están plasmados los mitos fundacionales del Pueblo Nasa; las luchas de los legendarios líderes indígenas Juan Tama (en la época de la Colonia) y Manuel Quintín Lame (en el siglo XX); la llegada de los primeros pobladores a la región de El Naya que huían de la violencia bipartidista; la vida pacífica en este territorio durante décadas; el auge del cultivo de coca con fines ilegales; la fumigación con glifosato que envenenó sus ríos y sus niños; la masacre de 2001 perpetrada por los paramilitares; el desplazamiento forzado y la reubicación definitiva en Timbío. También están dibujados diferentes símbolos de la cultura nasa, como el bastón de mando, empleado por la guardia indígena y las autoridades; el chumbe, cinturón tejido para sostener el bastón, y la tulpa, hoguera ceremonial donde se transmiten conocimientos por medio de la palabra.

La comunidad recuerda que cuando tuvieron la idea de pintar el mural, algunos de ellos empezaron haciendo un bosquejo a lápiz sobre la pared, pero el

mayor Gerson comenzó a dibujar con pincel y pinturas los trazos definitivos. Detrás de él, iba toda la gente rellenando las ilustraciones con colores y detalles.

Mientras hombres, mujeres, jóvenes y niños continúan estáticos alrededor de 'Luchín', escuchándolo infinitamente, él recuerda otra de las enseñanzas que Gerson les dejó:

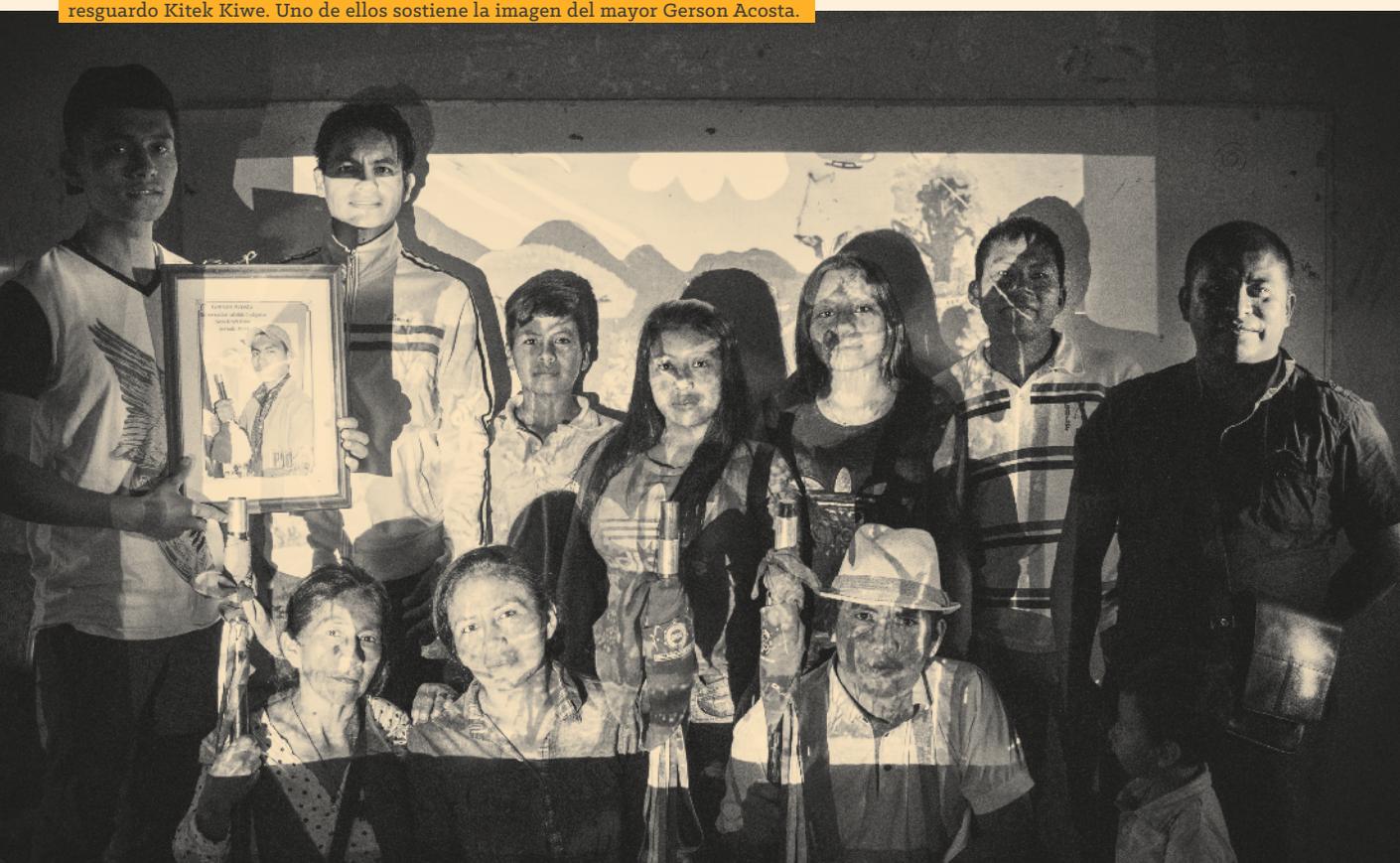
Él decía que no solamente nos esperanzáramos en él. Bueno, al principio ese fue un error que cometimos. Pero ahora todo esto nos ha llevado a tener fuerzas y ahorita ya no solo hay una sola persona que hable sino que somos varios los que hablamos. Ya se ve que estamos apropiados del Plan de Vida.

El Plan de Vida fue creado por el resguardo ante la sistemática violación de sus derechos humanos, con el objetivo de vivir en un espacio armónico y autónomo. Para implementarlo el resguardo ha contemplado acciones a corto, mediano y largo pla-

zos, organizadas en cinco temáticas: jurídica, político-organizativa, sociocultural, territorial y económica-ambiental. Para cada uno de estos temas se responsabiliza a un Ne'j Wesx –que significa “autoridad” en nasa yuwe–, quien a su vez recibe orientación de un consejero que domina los cinco ejes y los guía en momentos cruciales. Este último rol era el que justamente desempeñaba Gerson cuando fue asesinado. Era el Sat Ne'j Wesx.

Tanto el mensaje de evitar concentrar el liderazgo en una sola persona, como el de adueñarse del Plan de Vida adquieren una especial relevancia en este momento. Luego de la muerte del mayor Gerson han continuado las amenazas contra líderes de la comunidad. Una de estas quedó registrada en el comunicado público

Sobre varios de los integrantes de la comunidad se proyecta una foto del mural del resguardo Kitek Kiwe. Uno de ellos sostiene la imagen del mayor Gerson Acosta.



que el resguardo divulgó el 14 de agosto de 2018, en el que denunciaba que una noche uno de sus comuneros fue detenido por cuatro hombres armados, quienes lo agredieron verbalmente y le preguntaron por varios de los líderes de la comunidad. Los hombres “se despidieron diciendo que ellos tenían que entrar de nuevo y hacer una barrida dentro de la comunidad”, señala el comunicado.

Por esta razón, el hecho de multiplicar el liderazgo ha servido, de cierta forma, como mecanismo de protección para el resguardo. Hombres y mujeres han asumido, cada vez con mayor compromiso, el manejo del Plan de Vida. Una de ellas es Bertilde Basto Yatacué, una mujer de

57 años que fue nombrada como Ne’j Wesx sociocultural, es decir, la encargada de preservar las tradiciones del resguardo como la partería, el conocimiento de las plantas medicinales y la enseñanza de la lengua original del pueblo nasa: el nasa yuwe.

Además de todos los hombres y mujeres Ne’j Wesx de cada uno de los ejes del Plan de Vida, se destaca también María Eugenia Vergara, esposa de Gerson, y que actualmente desempeña el cargo que él ocupaba. Ella, que hasta el momento había permanecido en silencio mientras hablaba ‘Luchín’, toma la palabra para hablar de la necesidad de revivir la capacidad artística de Gerson, quien mediante ilustraciones les explicaba los conceptos del Plan de Vida y del Plan Integral de Reparación Colectiva de Kitek Kiwe. Quienes se animan a participar en la conversación recuerdan que Gerson siempre se identificó con el águila porque tenía la necesidad de volar alto.

‘Luchín’ con el mural que pintó en el Jardín de la Memoria en honor al mayor Gerson Acosta.



Bertilde Basto Yatacué, Ne’j Wesx cultural del resguardo Kitek Kiwe, recuerda que Gerson Acosta le entregó su bastón de mando. Dice que, aunque quisiera tenerlo con ella, le parece muy valioso que esté expuesto en el Museo Nacional de Colombia.





Luis Campo retrató a uno de los hijos de Acosta, Deiby, en una de las ventanas de la Escuela para representar sus anhelos y preocupaciones por su comunidad que - Luis dice - heredó de su padre."

Así, con la misma fuerza y vehemencia del águila, el resguardo Kitek Kiwe continúa luchando y reclamándole al Gobierno los mismos derechos que defendía el mayor Gerson: tener agua potable, servicio de acueducto, tierras fértiles y protección efectiva para todos sus líderes. Los logros que han acumulado hasta ahora son también un incentivo: pasaron de ser cabildo a resguardo; lograron afianzar los cultivos y el procesamiento de café; sacaron adelante una microempresa de textiles, una emisora comunitaria y la construcción de la Casa Nasa, que pronto estará abierta y en donde se busca continuar trabajando por la preservación de sus tradiciones.

Ahora que todos en el resguardo han empezado a hablar, de nuevo retornan las bromas, el tinto, las empanadas, las carcajadas y el permanente espíritu de

camaradería. Antes de que se dispersen, uno de los Ne'j Wesx comenta cuáles eran las razones por las que Gerson se identificaba con el águila. "Él se representaba con el águila porque el águila no es como el buitre". Y es así de sencillo: mientras algunos grupos armados actúan como el buitre que necesita de la muerte de los otros, el resguardo Kitek Kiwe se levanta como el águila para aferrarse a su Plan de Vida; el mismo que garantiza una vida armoniosa entre las personas y la naturaleza, tal como sucedía en el origen, según la cosmogonía Nasa.

*** Este artículo y sus fotografías se realizaron en el marco de la implementación de las medidas de satisfacción del Plan Integral de Reparación Colectiva del resguardo Kitek Kiwe que acompaña la Estrategia de Reparaciones del CNMH. **

El 6 de julio del 2018 se realizó la más grande movilización nacional, en la historia reciente de Colombia, en defensa de las lideresas y los líderes sociales.



Foto: Cristian Garavito - El Espectador.

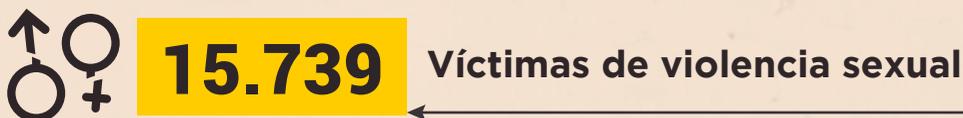
Ellas y ellos son
protectores de
nuestros derechos.
Su labor no
debería costarles
la vida. **¡Exijamos
su protección y
defendamos su
vida!**



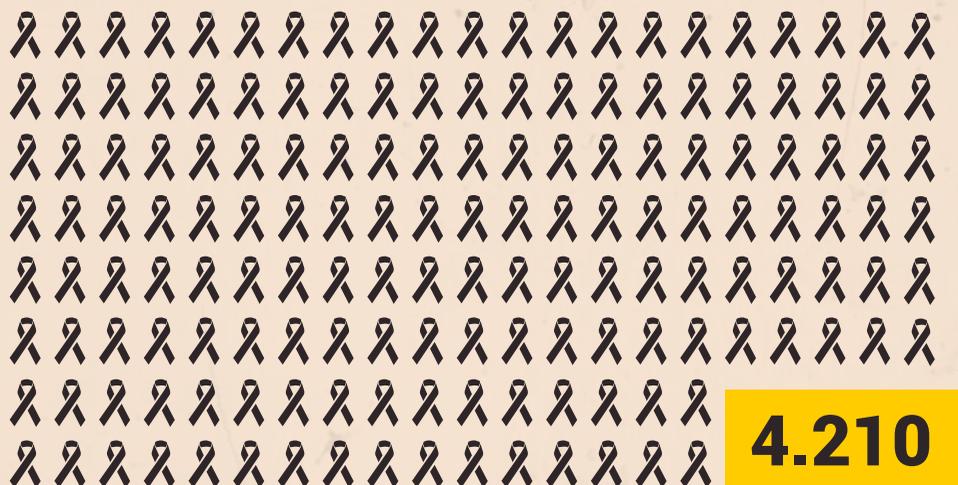
CNMH
Centro Nacional de
Memoria Histórica

ENTRE 1958 Y SEPTIEMBRE DEL 2018 EL CONFLICTO ARMADO NOS DEJÓ

Víctimas fatales



Masacres



CONOCE LA BASE DE DATOS MÁS COMPLETA
DEL CONFLICTO ARMADO COLOMBIANO EN:

WWW.CENTRODEMEMORIAHISTORICA.GOV.CO/OBSERVATORIO/



GOBIERNO
DE COLOMBIA



PROSPERIDAD SOCIAL



Centro Nacional
de Memoria Histórica



Observatorio de
Memoria y
Conflicto

Contando la guerra en Colombia

10 AÑOS DE HISTORIAS

para transformar el país

Desde el 2008 hemos realizado más de **140 publicaciones**, incluyendo **80 investigaciones** de esclarecimiento. Además, hemos recogido cerca de **13.000 testimonios** de desmovilizados, sistematizado cerca de **330.000 documentos** de DDHH y avanzado en la construcción del Museo de Memoria Histórica de Colombia.

Conoce lo que aprendimos del conflicto armado colombiano en esta década, a través de diez balances que le entregamos al país y al Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición.



-  /memoriahistorica
-  @CentroMemoriaH
-  /CentroMemoriaH
-  @CentroMemoriaH
-  /memoriahistorica

CONOCE
LOS BALANCES EN:

